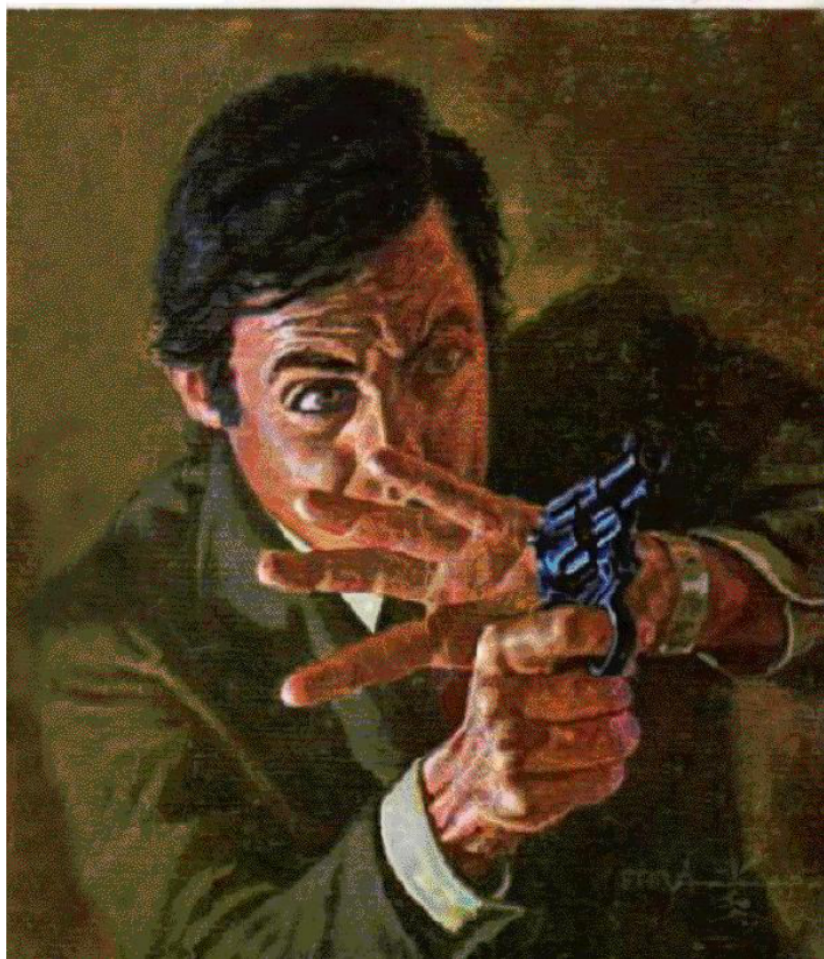




impar, rojo, muerte...

adam surray



COLECCION

PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

**IMPAR, ROJO
MUERTE...**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 694
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 24.808 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1975

© ADAM SURRAY - 1975

texto

© SALVADOR FABA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.296 — Tiempo de morir.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769 — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

630 — El asesino las prefiere rubias.

En Colección COLORADO:

829 — Un caballo, un «Colt» y una mujer.

CAPÍTULO PRIMERO

El auto era un viejo modelo de la Ford. Un «Mustang» del año 1970 que, pese al tiempo en rodaje, conservaba en perfectas condiciones sus cualidades esenciales. Techo deportivo, aerodinámica línea, transmisión manual a cuatro velocidades...

Un magnífico vehículo, aunque lo normal hubiera sido reemplazarlo por un nuevo modelo.

Pero su propietario no podía permitirse ese lujo.

Harry Corbell, apoyado en uno de los guardafangos, encendió su enésimo cigarrillo. Con el rostro perlado por diminutas gotas de sudor y reseco los labios.

El sol proyectaba sus rayos con virulencia. No soplabla la menor brisa. Ninguna sombra protectora en aquella planicie:

Como un desierto.

Tal vez peor.

Sí.

Mucho peor.

Sobre la ardiente planicie se alzaba siniestra y majestuosamente el penal de Bikelsville. Una descomunal masa de cemento gris cuyas dependencias estaban contenidas dentro de un gigantesco cuadrilátero amurallado del cual emergían doce torretas de vigilancia.

El penal de Bikelsville, con apenas diez años de existencia, había eclipsado al tristemente célebre San Quintín. Allí eran recluidos los delincuentes más peligrosos. Sus pabellones e instalaciones eran modernas. También la cámara de gas allí emplazada disponía de los últimos adelantos técnicos. Tecnicismos que, a decir verdad, no servían de nada. Los condenados a muerte, al igual que en San Quintín, entraban vociferando en la «sala».

Harry Corbell esperaba fuera del recinto.

A unas trescientas yardas de la muralla. Distancia mínima

establecida y ordenada.

El autorradio del «Mustang» en funcionamiento. El *Band On the run* de Paul McCartney resonaba rompiendo la tristeza del paisaje.

Harry Corbell consultó la minipantalla de su reloj de pulsera. Pasaban ya veinte minutos de las doce horas. No eran puntuales en el penal de Bikelsville. Claro que, para un hombre que ha permanecido cinco años entre rejas, poco importan unos minutos de más. Un nuevo cigarrillo.

Corbell se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente. Se había despojado de la chaqueta *sport* luciendo una fina camisa en lánicán y pantalón a juego.

Frisaba en los treinta años de edad. Complexión atlética. Cercano a los siete pies de estatura. Rostro de correctas facciones fuertemente bronceadas. Su boca de finos labios dibujaban una línea que, junto con su barbilla, denotaban una potente energía. Su pelo, abundante y bien cuidado, era negro. Los ojos poseían una fría y extraña mirada. Sin brillo. Imposible definir con certeza el color.

Ocurrió a las doce y cuarenta minutos.

La pesada puerta del penal se abrió lentamente. Por un mecanismo automático interno.

Apareció un hombre portando un pequeño maletín.

El individuo permaneció unos instantes inmóvil. Como dudando en abandonar la prisión.

Era el clásico temor a la libertad.

Comenzó a caminar hacia el «Ford».

Ni una sola vez volvió la mirada atrás.

Harry Corbell introdujo la mano derecha por la ventanilla para desconectar el autorradio. Acto seguido acudió al encuentro del individuo. A grandes zancadas.

La sonrisa de Corbell se fue borrando paulatinamente.

Quedó aturdido.

—Hola, Harry. Gracias por venir a buscarme. —Peter...

—Sí, Harry. Soy yo. Peter Palmer. Algo cambiado, ¿verdad?

Corbell se esforzó en sonreír. En cambiar la expresión de su rostro. En simular el efecto causado por la visión de Palmer.

Cinco años.

¿Tanto puede cambiar un hombre?

Cinco años no es mucho tiempo. No el suficiente para

transformar por completo a un individuo. Pero si ese lustro transcurre en la prisión de Bikelsville...

—¿Cambiado? ¡Nada de eso! —rió Corbell con falso entusiasmo—. Tal vez algo deprimido, ¿no es cierto? Unas semanas por las costas californianas y estarás como en los viejos tiempos.

Peter Palmer también sonrió.

Amargamente.

—¿Recuerdas mi edad, Harry?

—Por supuesto. Me llevas cuatro años. Tienes... treinta y tres. ¿Me equivoco?

—Correcto, Harry. Treinta y tres años. ¿Es la edad que represento?

Nuevamente la sonrisa se heló en labios de Corbell. No pudo evitar una inquisitiva mirada a su interlocutor.

Peter Palmer era un hombre acabado. Sus cabellos ya griseaban en los aladares. Prematuras arrugas surcaban su rostro. Semiencorvado. De cansinos ademanes. Envejecido...

—Oye, Peter..., has pasado cinco años en prisión. El mismísimo Satanás saldría cabizbajo. Ahora necesitas descanso y olvidar. Borrar de tu mente esos cinco años. Apuesto a que en un par de meses te sentirás otro hombre, con optimismo, con deseos de vivir...

—Puede que tengas razón.

—¡Seguro, Peter! Larguémonos de aquí. Este calor es infernal. ¿Qué te parece una cerveza fría en Bikelsville? El pueblo está a menos de una milla.

Palmer chasqueó la lengua.

—Tengo la garganta como papel de lija, pero prefiero esperar. Dejar atrás Bikelsville, su famoso penal y su maldito sol.

—*Okay*. No pararemos hasta divisar San Francisco.

Los dos hombres se acomodaron en el interior del «Mustang».

Peter Palmer sí desvió ahora la mirada. Fijando sus ojos en la gris muralla del penal. Hasta que la siniestra fortaleza quedó convertida en un lejano e indefinido punto.

El auto ya circulaba por una de las comarcales que enlazaban Los Ángeles con San Francisco.

—¿Un cigarrillo, Peter?

Palmer aceptó la cajetilla de «Winston».

—Te hacía en Chicago, Harry. Cuando recibí tu carta anunciando que esperarías mi salida, me sorprendió. ¿Por qué lo has hecho?

—Somos amigos.

—Ciertas amistades es preferible olvidarlas, Harry. Cuando ingresé en prisión terminabas tu licenciatura como abogado. Periodista, abogado... No es prudente que le vean con un tipo como yo. Con un sucio ladrón y traidor.

—No digas tonterías, Peter. Si he llegado a algo fue merced a tu ayuda. Los dos nos criamos en la zona más miserable de Chicago. En los estercoleros. Nuestra infancia transcurrió disputando la comida a las ratas. Tú eras nuestro líder. Lograste salir de aquella basura. Y no olvidaste a los amigos. Recuerdo tu primera ayuda. Yo tenía catorce años. Me entregaste dos dólares para el ingreso en una academia nocturna.

Palmer rió divertido.

—Y te sorprendí en los billares del viejo Curtis. De los dos dólares te quedaban quince centavos.

—Ajá. Quince fueron los latigazos que me propinaste. ¡Diablos...! ¡Ni un solo día volví a faltar a la academia! Tu ayuda prosiguió. Costeando mis estudios.

—Era mi deber, Harry. Tú lo has dicho antes. Crecimos juntos en la jungla. Solos. Como perros sarnosos. Lógico que nos ayudáramos mutuamente. Nada me debes. Cuando ejercías de periodista me devolviste hasta el último centavo.

—Siempre estaré en deuda contigo, Peter.

—¡Al diablo con eso! Ya demostraste ser un buen amigo. No he olvidado tus visitas durante mi juicio. Eran momentos amargos. Y tú estabas allí. Te desplazaste desde Chicago para estar a mi lado. Compartir mi pesar...

La longitudinal carretera, carente de tráfico, permitió a Corbet desviar la mirada pesando sus fríos ojos en Peter Palmer.

—¿Eras inocente, Peter?

—Ahora ya no importa, muchacho. He pagado con cinco años de mi vida.

—Me importa a mí. Quiero conocer la verdad. En el juicio se presentaron pruebas en tu contra. Abrumadoras.

—Todo estaba amañado, Harry. Fui como un conejillo de indias.

—¿Eras inocente?

—Sí.

Harry Corbell sonrió.

—Lo sabía, Peter. Estaba convencido de ello. Jamás hubieras traicionado a tu país.

—¿Ni por doscientos mil dólares? Tu confianza me halaga, Harry. Me acusaron de robar doscientos mil dólares y de vender secretos de Estado a potencias extranjeras. Mucho dinero... Lo he pensado detenidamente durante mi estancia en Bikelsville. Los cinco años no hubieran sido tan amargos si al salir me esperaran doscientos mil dólares.

No, diablos...

—Puedes contar conmigo, Peter.

—Lo sé, Harry, lo sé; pero no necesito dinero. Vendí mi parte del negocio a mi socio Ralph Magreth. Tengo deseos de ver todo aquello. Deambular por The Embarcadero, saborear un exquisito *cioppino* en Fisherman's

Whard, divertirme por los *night-clubs* de Nort Beach...

—Todo sigue igual.

—Tú no conoces San Francisco.

—Llevo en California cerca de un año. Me han destinado a San Francisco.

—¿De veras? ¡Magnífico, Harry! Nos veremos con frecuencia. ¿Dices que te han destinado? Creí que ejercías por tu cuenta. ¿Por qué diablos no has montado un bufete?

—No trabajo como abogado, Peter.

Palmer arqueó las cejas.

—¿No...? Cuando ingresé en prisión obtenías tu licenciatura... Estabas muy satisfecho y...

Corbell le interrumpió:

—Ya en aquel entonces había presentado mi solicitud. Fue aceptada y realicé los oportunos exámenes y pruebas. Con brillante resultado. Fui el número uno de mi promoción. Todos los instructores de la academia de Quántico se mostraron orgullosos de mí.

—¿Academia de Quántico...? ¿Quieres decir...?

Corbell desvió los ojos del parabrisas.

Se miraron fijamente.

—Sí, Peter... Soy agente del FBI.

CAPÍTULO II

Entre Salinas y San José, por la autopista de la costa californiana, se alza la pequeña localidad de Leacock. Un gruño de casas destinadas casi exclusivamente a sacar jugo a los turistas. Boleras, restaurantes, discotecas... Los locales se alineaban uno a continuación de otro. Sin temor a la competencia. El río de vehículos que circulaba por la principal Los Angeles-San Francisco proporcionaba clientes para todos.

Fue en Leacock donde Harry Corbell detuvo el auto.

A petición de Palmer.

El vehículo quedó estacionado en el aparcamiento de un *snack*.

Peter Palmer comenzó a saborear un combinado de cola y vodka. Corbell se decidió por una jarra de cerveza muy fría. Se habían acomodado en una mesa próxima a la puerta de entrada.

Una muchacha, de unos dieciocho años de edad, introdujo la correspondiente moneda de veinticinco centavos en la máquina tocadiscos. Un tema de *jazz* fue el seleccionado. De suave cadencia rítmica.

La joven, con recortados *jeans* y blusa anudada bajo el busto, empezó a bailar.

Siguiendo el lento ritmo.

Palmer, pese a ir ya por el tercer combinado, sintió la garganta reseca.

—Cinco años sin ver a una mujer... Mucho tiempo, Harry...

Corbell no hizo ningún comentario.

Desde que comunicara su condición de agente del FBI, la conversación con Palmer se limitó a temas intrascendentes. Peter Palmer le esquivaba las preguntas. Se mostraba ausente y frío.

—¿Nos vamos, Peter?

—Seguiré el viaje por mi cuenta, Harry. Tú puedes marchar cuando gustes.

—¿Qué te ocurre?

Palmer demoró la respuesta.

Sus ojos estaban fijos en la muchacha del tocadiscos. No eran los únicos. También el barman babeaba ante el gratuito espectáculo. La joven había abierto la blusa para tirar de las puntas acentuando así la sensual danza.

Pero el entusiasmo de Peter Palmer era fingido.

Desvió su mirada hacia Corbell.

—¿No lo sabes, Harry? Me sorprendió tu carta anunciando que esperabas mi salida. Me condenaron a siete años de prisión. Quedó reducido a cinco. Me consta que tío se publicó mi puesta en libertad. Soy insignificante para que la Prensa recuerde lo ocurrido hace cinco años. Pero tú estabas al corriente. Ahora lo comprendo. El FBI siempre está bien informado.

—Acudí a buscarte en calidad de amigo.

—¿De veras?

—Parece molestarte que sea agente del FBI.

Palmer rió en seca carcajada.

—Me tiene sin cuidado, Harry; aunque puedo jurarte que no te espera un brillante porvenir.

—Mi mayor orgullo es servir al FBI.

—*Okay*. Te felicito por tan altos ideales.

La voz de Palmer rezumaba ironía.

Harry Corbell se inclinó sobre la mesa. Sus facciones se endurecieron. Su mirada se hizo más inquisitiva. Fija en Palmer.

—Voy a poner las cartas boca arriba, Peter. Te sentenciaron a siete años. ¿Por qué has salido a los cinco?

—Supongo que por buena conducta. No maté a ninguno de los guardianes ni escupí al rostro del alcaide.

—Se cumplieron órdenes de Washington. El departamento de Justicia decretó tu puesta en libertad.

Palmer parpadeó repetidamente.

—¿El departamento de Justicia?

—Ajá. Concretamente el Federal Bureau of Investigation.

El estupor de Palmer fue muy breve.

Reaccionó volviendo a reír en estridente carcajada.

—¡Tiene gracia...! Imagino que se ha reducido mi condena con la esperanza de recuperar el botín. Seguir mis pasos hasta descubrir

donde guardé los doscientos mil dólares. Sí, diablos... tiene gracia. Agradezco la gentileza del FBI, pero temo no poder corresponder a ella. ¡Yo no robé esos doscientos mil dólares!

—Al FBI no le interesa ese dinero, Peter.

—¿No...? ¿Qué infiernos buscan entonces?

Harry Corbell se reclinó en la silla. Extrajo su cajetilla de tabaco encendiendo un cigarrillo. Exhaló una bocanada de azulado humo.

—Te acusaron de robo y espionaje. Este último punto no quedó muy demostrado en el juicio, de ahí que la sentencia se limitara a siete años de prisión. Tú, junto con Ralph Magreth, eras el propietario del Seis Tréboles. Una de las más elegantes salas de juego de San Francisco. Allí se daba cita la alta sociedad californiana. Militares, políticos, magnates...

—¿Ésa es la alta sociedad? —rió Palmer con sarcasmo—. ¡Prefiero las ratas de Bikelsville!

Corbell ignoró el comentario de su amigo.

—El FBI seguía la pista de una importante red de espionaje. Se descubrió que uno de tus *croupiers*, un tal David Huston, trabajaba para la KGB soviética. Se le sometió a estrecha vigilancia. El FBI llegó a saber el sistema empleado para intercambiar la información. Mediante las fichas de juego, debidamente trucadas, del Seis Tréboles. Ingenioso, ¿verdad?

—No me dices nada nuevo, Harry. Toda esa historia ya la escuché durante mi juicio. David Huston logró burlar al FBI y, para consolaros, todas las culpas recayeron sobre mí.

—No conoces toda la verdad, Peter. Déjame seguir el hilo de los acontecimientos. El FBI no se lanzó abiertamente sobre Huston. Era un simple peón. Quería a los traidores. A los que suministraban la información. Se descubrió a uno de ellos. Donald Stevenson. Un alto miembro de la Atomic Energy Commission. El FBI, seguro de su culpabilidad, consiguió una orden de registro. Varios agentes se presentaron en el *bungalow* de Donald Stevenson.

—Y allí estaba yo.

—Sí, Peter. El FBI te sorprendió en el despacho privado de Donald Stevenson. Con su caja fuerte abierta. Vacía. Stevenson no estaba en la casa. Sólo su mujer.

—Donald Stevenson me citó en su *bungalow*. Iba a cancelar una deuda de juego pendiente. Cuarenta mil dólares. Perdidos en las

mesas del Seis Tréboles. Me recibió su mujer. Me hizo esperar la llegada de Stevenson en el despacho. La caja fuerte ya estaba abierta cuando yo entré. No robé esos doscientos mil dólares. El FBI no me los encontró encima.

—Lo sé, Peter. Pero la declaración de la mujer de Stevenson echó por tierra tu supuesta inocencia. El despacho comunicaba con el jardín del *bungalow*. Shelley Stevenson afirmó verte salir al jardín y hablar con un individuo al que entregaste un pequeño envoltorio.

—Shelley mintió.

—Se procedió a registrar tu casa, Peter. En un doble fondo de tu mesa escritorio se encontraron documentos pertenecientes a Donald Stevenson y algunos miles de dólares. Stevenson había sacado del Banco, días antes, la cantidad de cien mil dólares. Estaban numerados. Los billetes encontrados en tu casa coincidían con los que el Banco entregó a Stevenson. Los mismos que se robaron de la caja fuerte y fueron sacados del *bungalow* por mediación de un misterioso individuo.

—Lo amañaron todo para inculparme.

—¿Quién? ¿Quién lo amañó, Peter?

Palmer sonrió.

En amarga mueca.

—¿Quién? Buena pregunta, Harry. ¿Crees que de haber tenido la más leve sospecha hubiera permanecido en silencio durante el juicio? No, Harry, no... ¡Hubiera acusado hasta enronquecer!

—¿No sospechas de nadie?

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Fijamente.

—No, Harry. Aunque ahora ya poco importa. El caso quedó cerrado. Yo he cumplido mi sentencia y...

—El caso no quedó cerrado, Peter. Se te acusó del robo de doscientos mil dólares. Ésa es la cantidad que Stevenson, según declaración de su mujer, guardaba en la caja fuerte. El FBI siguió investigando. La misión era exterminar la red de espionaje. A los pocos meses de tu juicio se localizó a Donald Stevenson en Nueva York. En una callejuela de Manhattan. Con un balazo en su sien derecha. Simulando un suicidio que, de seguro, no fue hecho. De David Huston continuamos sin noticias. Puede que la KGB le

haya destinado a Europa.

—Si Stevenson ha muerto y Huston no hace acto de presencia, posiblemente hayan cesado las actividades de espionaje.

Harry Corbell denegó con leve movimiento de cabeza.

—Todo lo contrario, Peter. Se han acentuado en los últimos años.

—No me sorprende. Ocurre en todos los países. Escándalos de espionaje en Alemania, Italia, Francia...

—Aquí resulta ya alarmante. Importantes documentos de la Atomic Energy Commission, de la Office of Naval Intelligence, de la US Army... desaparecen o se filtran al exterior. Proyectos de la CIA o de la NASA se vienen abajo inexplicablemente. Sus pasos parecen ser reconocidos de antemano. Nos enfrentamos a una temible y poderosa red de espionaje que se vanagloria de tener agentes en los lugares más inaccesibles.

—¿Agentes o traidores?

—Puede que ambas cosas. Donald Stevenson era un traidor. De él hemos descubierto algo muy valioso. Stevenson disponía de una relación de todos los agentes de la organización. Sus nombres, servicios prestados, puestos en organismos oficiales, cantidades recibidas... Una amplia filiación de cada uno de ellos.

—Perfecto. Dar con esa relación y se habrán terminado vuestros problemas.

Corbell se aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Sonrió.

Duramente.

—Para eso necesito tu ayuda, Peter.

—¿Mi ayuda?

—Esas fichas trucadas que se intercambiaban en el Seis Tréboles David Huston y Donald Stevenson fueron utilizadas por este último para guardar las filiaciones de los agentes. Siete fichas. Rojas. En el interior de cada una de ellas se esconde un microfilm. Juntando los siete microfilms tendremos todos los datos de la organización. Sería aplastada al instante.

—Sólo falta conocer el paradero de esas siete fichas, ¿no?

—Correcto, Peter. Únicamente sabemos dónde estaban hace cinco años.

Palmer entornó los ojos.

Empezaba a comprender.

—En la caja fuerte de Stevenson.

—Sí, Peter. Las siete fichas desaparecieron junto con los doscientos mil dólares y otros documentos de nula importancia.

—Los que más tarde se encontraron en mi apartamento.

—Ajá.

—Pero en mi casa no estaban las siete fichas.

—Con tu ayuda, tal vez, pueda conseguirlas.

—Creo no haberme explicado bien, muchacho. Yo no robé la caja fuerte de Stevenson ni tengo la menor sospecha de quien pudiera hacerlo. Ignoro cómo ayudarte.

—Ellos se pondrán en contacto contigo, Peter.

—¿Ellos? ¿A quién te refieres?

—A los nombres registrados en esas siete fichas. La casa de Stevenson fue asaltada varias veces. También la tuya y tu despacho del Seis Tréboles. La organización de espionaje vivió muy angustiada los primeros meses de tu detención. Temiendo que sus nombres salieran a la luz de un momento a otro. Ya han cesado de buscar los microfilms; pero ahora, con tu puesta en libertad...

—¿Crees que sospechan de mí? ¿Que yo tengo las fichas?

—Te condenaron por robar la caja fuerte de Stevenson.

—¡Pero yo no lo hice! ¡Soy inocente...! ¡Ni tan siquiera me aproximé a aquella maldita caja!

—Ellos sí te consideran culpable, Peter. Acudirán a ti para que les entregues las siete fichas. No creerán tus palabras de inocencia. Yo estaré cerca de ti. Si se ponen en contacto contigo, les prometes entregar los microfilms en un lugar discreto. El resto corre por cuenta del FBI.

—¿Por qué iba a ayudarte, Harry? ¿Por amistad? No... Tú has acudido a Bikelsville cumpliendo una orden de tus superiores. Has llegado como agente del Federal Bureau of Investigation.

—Ya no es cuestión de amistad, sino de honor. Aplastar a unos traidores que mancillan la bandera de EE. UU.

—Esa misma bandera destaca en la torreta más alta del penal de Bikelsville. Desde mi celda podía verla. La he contemplado durante cinco amargos años, Harry.

—Tal vez logremos borrar la injusticia que se cometió contigo, Peter. Al aniquilar a la organización puede que se consigan pruebas

de tu inocencia, que demos con el verdadero culpable...

—¿Y esos cinco años de mi vida, Harry? ¿Quién me los devuelve? ¿Cómo se borran de mi mente?

Corbell inclinó la cabeza.

Sin encontrar palabras para responder a Palmer.

—De acuerdo, Harry. Colaboraré. Pero no por el FBI, por reparar la injusticia que se cometió conmigo ni por demostrar mi inocencia buscando al culpable del robo... Lo hago por Harry Corbell. Por el muchacho que vivió y creció conmigo en las sucias callejuelas de Chicago. Por una vieja amistad. Lo demás..., lo demás ya nada importa, Harry.

CAPÍTULO III

Anthony Leigh, SAC del Federal Bureau of Investigation y con plenos poderes en todo el estado de California, entornó los ojos hasta casi ocultarlos por sus pobladas cejas.

—¿Algo más que añadir a su informe, Corbell?

—No, señor.

—¿Seguro? Parece ocultarme algo, Corbell. Le veo... preocupado.

—Simplemente molesto, señor.

—¿Por qué?

Harry Corbell se hallaba en el amplio despacho de su superior. Acomodado en uno de los sillones de negra piel que adornaban la estancia.

—Peter Palmer es mi amigo. Fue como un hermano para mí. El presentarme en Bikelsville, como agente del FBI, ha sido un golpe bajo. Palmer creyó que acudía en calidad de amigo. No fue agradable descubrirle mi identidad y los motivos de encontrarme allí.

—Lo comprendo perfectamente, Corbell; pero tampoco usted ignora la importancia de la misión que le ha sido encomendada. Estaba destinado en Chicago. Y desde allí, cumpliendo órdenes directas de Kelley [1], le han desplazado a San Francisco. ¿Por qué? Ya conoce la respuesta. Ningún otro agente del FBI gozaría de la confianza de Palmer. Sólo usted, Corbell. En recuerdo a una vieja amistad se ha conseguido la colaboración de Palmer. Debemos sacar provecho de ello. Sin sentimentalismos.

—Lo sé, señor.

—¿Cree en la inocencia de Palmer?

—Totalmente.

—¿Responde el amigo o el agente del FBI?

Harry Corbell apretó instintivamente las mandíbulas.

Con fuerza.

Controlando una respuesta que podía resultar poco adecuada para su superior.

—Desde que acepté la misión, me comporto como agente del Federal Bureau of Investigation. En todos mis actos y pensamientos. Palmer no robó la caja fuerte de Stevenson. Tampoco es un espía a sueldo.

—Era en el Seis Tréboles donde se pasaba la información.

—Peter Palmer no era el único propietario de la sala de juego. Está su socio Ralph Magreth.

—No he querido insinuar nada, Corbell. Por supuesto que muchos propietarios ignoran lo que ocurre en sus propios negocios. Lo cierto es que alguien tiene esas siete fichas y que en cinco años no ha hecho uso de ellas. Nos consta que la organización de espionaje está buscando la comprometedor lista del difunto Stevenson. Somos los únicos en saber que Donald Stevenson condensó la información sobre los agentes en microfilms que guardó en siete fichas rojas.

—Los espías siguen sus actividades, señor. Sin miedo a ser descubiertos. Puede que tengan ya en su poder los microfilms.

Anthony Leigh asintió.

—Es posible, aunque creo que se están arriesgando. Al principio, a la detención de Palmer y muerte de Stevenson, cesaron las actividades en la organización de espionaje. Dominados por una psicosis de terror. Temiendo de un momento a otro la llegada del FBI. Luego comprendieron que tampoco nosotros teníamos esa lista. Y se dedicaron a buscarla. En el *bungalow* de Stevenson, en el apartamento de Palmer, en el Seis Tréboles... Más tarde, la organización, reanudó sus actividades. Acrecentado su poder. Boicoteando proyectos que en Washington eran considerados como *top secret*. Actualmente la situación es insostenible. Tenemos que acabar con esa organización y aniquilar a sus miembros. ¡Aplastar a esos traidores!

—Si se ponen en contacto con Palmer, significaría que no tienen las siete fichas.

—Correcto. En caso contrario, si ignoran a Peter Palmer, todo se habrá ido al diablo. Ellos tienen ya la lista y se consideran a salvo de todo riesgo. Sólo nos queda esperar los acontecimientos.

Manténgase cerca de Palmer.

—Le he instalado en un apartamento próximo al mío.

—Quiero hacerle una advertencia, Corbell. Olvide su vieja amistad hacia Peter Palmer. No confíe en nadie. No estoy de acuerdo en la inocencia de Palmer. La organización ha continuado sus actividades durante estos cinco años sin temor alguno. ¿Por qué? La respuesta está en los cinco años de prisión cumplidos por Palmer. Mientras permaneciera entre rejas no había peligro para la organización. Palmer tiene las fichas. Y tratará de venderlas a la organización.

Harry Corbell se incorporó del sillón.

Esbozó una sonrisa.

—Entonces..., ¿por qué he solicitado su ayuda?

—No confíe en esa prometida colaboración, Corbell. Palmer negociará con la organización. Usted debe impedir que entregue los microfilms.

—Puede que los entregue dócilmente al FBI. Si Palmer tiene las fichas, guarda también los doscientos mil dólares de Stevenson. Mucho dinero.

—Por esas fichas le pagarían millones, Corbell. El ser humano es ambicioso. Jamás se muestra satisfecho.

—Comprendo. Y Peter Palmer, con doscientos mil dólares escondidos en algún lugar, decide vender su parte del Seis Tréboles a su socio.

—Era lo lógico. Tenía para siete años de prisión. ¿Qué diablos le importaba ya el Seis Tréboles?

Harry Corbell optó por no seguir la conversación.

Su SAC estaba convencido de la culpabilidad de Palmer. Nada le haría cambiar de opinión.

—¿Alguna otra cosa, señor?

—Nada más, Corbell. Manténgame informado de cualquier novedad que se produzca. ¿Sigue sin querer la ayuda de otros agentes?

—Prefiero actuar solo, señor. Al menos de momento. Controlar rigurosamente los pasos de Palmer resultaría contraproducente. Molestaría a éste y, tal vez, asustara a la organización. No se atreverían a entablar contacto con Palmer si le ven vigilado por agentes del FBI.

—De acuerdo. Suerte, Corbell. Y recuerde mi advertencia.

—No confiar en nadie.

Los dos hombres intercambiaron una sonrisa.

—Correcto. Máxime en este caso. Intuyo algo turbio y diabólico. No sólo en esa organización de espionaje, en ese nido de repugnantes traidores... Hay algo más. Algo que se inicia con la detención de Palmer y la muerte de Stevenson. Algo sucio. Lo indica mi viejo instinto de policía. Tenga mucho cuidado, Corbell. A su SAC de Chicago no le agradaría perder al mejor de sus agentes.

—Estaré alerta, señor.

Harry Corbell abandonó el despacho.

Minutos más tarde salía del edificio que el Federal Bureau of Investigation tenía emplazado en una de las más céntricas calles de San Francisco.

Corbell, pese a no poseer la veteranía del viejo Leigh, también sospechaba algo extraño en aquel caso. Muchos puntos oscuros.

Algo turbio y diabólico.

Ésas fueron las palabras de Anthony Leigh.

Pronto se verían confirmadas.

CAPÍTULO IV

El Seis Tréboles se hallaba enclavado en North Beach. La zona de diversión de San Francisco. Plagada de teatros, *night-clubs* y salas de juego. En una de las más elegantes calles.

También el Seis Tréboles era un local refinado. Aunque contaba con pista de atracciones y amplio *snack*, sus actividades se centraban en las distintas salas de juego. Mesas de ruleta, póquer, kino, *black-jack*, bingo, chemin de fer... Todo decorado con lujo. Cuidado hasta el mínimo detalle para acentuar el confort a los aristocráticos clientes. Poderosos del cine, magnates de la industria, políticos, militares...

Ralph Magreth, propietario del local, inspeccionaba los últimos detalles antes de que las salas de juego se abrieran al público. El *pit-boss* [2] colaboraba dando las oportunas órdenes.

La presencia del agente del FBI interrumpió el rutinario trabajo de Ralph Magreth. Éste, tras intercambiar unas palabras con el *pit-boss*, acudió al encuentro del *G-men*.

—Buenas noches, Corbell... Ha madrugado demasiado. Falta una hora para que pueda tentar a la fortuna.

—No arriesgaría un centavo en ninguna de sus mesas.

Ralph Magreth rió divertido.

Era un individuo de unos cuarenta años de edad. De rostro redondo. Mofletudo.

Próximo a la obesidad. El elegante *smocking* no paliaba la nula gracia de su oronda figura.

—Lo comprendo. Pagan poco en el FBI, ¿verdad?

—Detesto los juegos de azar, Magreth. Sus salas, aunque muy elegantes, no huelen bien.

Ralph Magreth ahogó un suspiro.

Su rostro dibujó una resignada mueca.

—El FBI guarda rencor al Seis Tréboles desde el lamentable suceso de David Huston. Un bastardo que utilizó mi local para sucios negocios de espionaje. Fue muy duro rehabilitar el Seis Tréboles, pero se consiguió. Todos hemos olvidado aquel penoso incidente.

Todos... menos el Federal Bureau of Investigation.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso le hemos molestado?

—Oh, no... Únicamente me sorprenden sus frecuentes visitas. Se presentó aquí hace unos meses. Haciendo preguntas sobre el caso Palmer. Un asunto que ya se creía archivado.

—Ahora, con la puesta en libertad de Peter Palmer, recobra actualidad.

El adiposo rostro de Ralph Magreth se transfiguró. Brutalmente. La sonrisa se borró de sus labios siendo reemplazada por una mueca de estupor. De incredulidad. De miedo... Sus facciones adquirieron marcada palidez.

—¿Está bromeando?

El agente del FBI, que se percató del cambio experimentado en Magreth, sonrió manipulando en su cajetilla de tabaco.

—Yo mismo acudí a recogerle a las puertas de Bikelsville. Supongo que en los vespertinos de hoy se da la noticia.

—Pero... Peter..., Peter fue condenado a siete años...

—No debería asombrarse, amigo Magreth. Ocurre con frecuencia. Buena conducta, amnistía, decretos especiales... Lo cierto es que Palmer ya está en libertad. Y me extraña no verle por aquí. Quedamos citados en el Seis Tréboles. Su primera visita era para usted. Ya se demora quince minutos y... ¿Se encuentra bien, Magreth? Está muy pálido.

Ralph Magreth estaba algo más que pálido. Pese al eficaz sistema de refrigeración del local, gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Sus manos no ocultaron un convulsivo temblor.

—Yo..., yo no esperaba esa noticia...

—No parece alegrarse, Magreth.

—¿Por qué no iba a alegrarse? —dijo súbitamente una voz a espaldas de los dos hombres—. Somos buenos amigos. ¿No es cierto, Ralph?

Magreth y Corbell giraron. El primero de ellos lo hizo dando un respingo que se acentuó al descubrir la presencia de Peter Palmer.

Éste se aproximó con abierta sonrisa.

Con los brazos extendidos hacia Magreth.

—No estás ante un fantasma, Ralph. Soy yo.

—Peter...

—Le comunicaba tu puesta en libertad —dijo Corbell encendiendo el cigarrillo—. Magreth no acababa de creerlo.

—Incluso a mí me parece estar soñando. Ah, diablos... ¿Qué es de tu vida, Ralph? El Seis Tréboles sigue siendo un fabuloso negocio, ¿verdad?

Magreth se recuperó de la sorpresa esbozando una forzada sonrisa.

—No me puedo quejar... ¿Por qué no me avisaste, Peter? Te hubiera preparado un fabuloso recibimiento...

—Todo fue muy rápido. Me arrojaron de Bikelsville sin apenas darme tiempo a recoger mi cepillo de dientes. Algún pez gordo debía estar esperando para ocupar mi confortable camastro.

Palmer rió en estridente carcajada a la vez que trazaba una semicircular mirada.

—Vamos a echar un vistazo por ahí, Ralph... Quiero saludar a los muchachos. ¿Nos acompañas, Harry?

—Esperaré en el *snack*.

—De acuerdo.

Peter Palmer rodeó con su brazo derecho los hombros de Magreth. Atravesaron la sala de juego seguidos de la inexpresiva mirada de Corbell.

El agente del FBI quedó inmóvil unos instantes. Con el cigarrillo humeando en los labios se encaminó al salón contiguo.

El *snack* sí estaba abierto al público, aunque la concurrencia era casi nula. Las mesas se alineaban siguiendo al serpenteante mostrador.

El barman dejó de clasificar unas botellas para acudir junto a Corbell. Éste solicitó un martini con ginebra.

—Hola, Harry.

Corbell sonrió a la mujer que se había acomodado en el taburete vecino.

—Buenas noches, Stella. ¿Ocurre algo...? Tienes mala cara.

—¿Sí? Será cuestión del maquillaje. ¿Me invitas a un trago?

La mujer, sin esperar la respuesta de Corbell, hizo una seña al

barman. Éste tampoco necesitó ninguna palabra. Sirvió un vaso de *whisky*. Sin hielo ni soda.

Stella lo vació de un golpe.

Sin pestañear.

Chasqueó la lengua posando su mirada en Corbell.

—Ahora lo comprendo...

—¿Qué cosa, Stella?

Stella frisaba en los treinta y cinco años de edad. Posiblemente tuviera menos, pero las prematuras arrugas de su rostro la envejecían. Ojos de mirada triste, ausente, resignada... Lucía un atrevido vestido que mostraba con generosidad su opulento busto. Un modelito apropiado para encandilar a los sempiternos provincianos que acudían al Seis Tréboles para tentar la suerte. Si ésta les sonreía, introducían unas fichas en el pronunciado escote de Stella.

—Recuerdo el primer día que te presentaste aquí, Harry. No supe catalogarte. Lo mismo podías ser un vaquero tejano, un destripaterrones de Oregon o un *gentleman* forrado de dólares.

—Y resulté ser un agente del FBI.

—Sí, querido... Uno de tantos polizontes que husmean por el Seis Tréboles. Me sorprendió, Harry. Últimamente parecía que el FBI había olvidado que el local fue utilizado para pasar información. Y tú comienzas a hacer preguntas sobre Palmer, Huston, Stevenson... Un caso que también parecía olvidado. Tus visitas frecuentes, los interrogatorios... Ahora lo comprendo. Le he visto, Harry.

—¿A quién?

—Demasiado sabes de quién hablo. Acabo de verle en compañía de Magreth. Peter Palmer en persona. Se me ha helado la sangre en las venas... Pobre Peter... parecía un cadáver viviente...

—Cinco años en prisión no favorecen a nadie.

—Pues aún le espera algo peor.

Corbell arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Olvidalo.

—Creí que éramos buenos amigos, Stella.

—¿Yo amiga de un agente del FBI? Sería gracioso... No me agradan los polizontes, Harry. He conocido a muchos. Tipos

corrompidos, crueles... Tenía dieciséis años cuando un bastardo policía me puso las manos encima. Me trataron como a una vulgar *harlot*. Toda la noche detenida. Al día siguiente, reconociendo haber cometido un error conmigo, me soltaron. Entre risotadas. He visto policías machacar sádicamente a muchachos que...

—Hay policías buenos y malos, Stella.

—Seguro. Puede que tú seas de los buenos, pero ni aun así quiero tu amistad. Ahora estoy tomando un trago con Harry Corbell. Un tipo simpático y atractivo. Nada más. Si te comportas como agente del FBI y empiezas a hacer preguntas, te enviaré al diablo.

—Tranquila, Stella. Ninguna pregunta. Sólo me sorprende que sepas algo del caso Palmer.

—¿Te refieres al asunto de espionaje?

—Por supuesto. Peter Palmer fue condenado por robo y espionaje.

La mujer rió, divertida.

—¿Crees que yo sé algo de ese asunto?

—Tú misma lo has dado a entender.

—No, encanto. Simplemente he comentado que a Peter le esperan sufrimientos mayores que los padecidos en Bikelsville. Peter, meses antes de que fuera condenado, proyectaba casarse con Elizabeth Hoffman. Ambos se amaban y sus bellos planes para el futuro se derrumbaron al implicar a Peter en aquel robo. Apuesto a que Peter no ha olvidado un solo instante a su amada Elizabeth.

Corbell extrajo su cajetilla de tabaco.

Simulando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Comprendo. Y la tal Elizabeth se ha casado, ¿no? Peter no sufrirá por eso. Se habrá hecho ya a la idea. Ninguna mujer espera cinco años.

—¿Casarse? No, Harry. Claro que eso no atormentaría a Peter. Simplemente se mostraría desilusionado; pero sí sufriría al ver a su amada Elizabeth haciendo *strip-tease* por los sucios tugurios de Barrio Gray. Y todo por culpa de...

Stella se interrumpió.

Instintivamente se mordió el labio inferior.

—Eres muy astuto, Harry... Me has hecho caminar por donde no quería.

—La vida íntima de Peter Palmer no interesa al FBI.

—Mejor así, Harry. Olvida cuánto te he dicho.

—Stella...

La mujer descendió precipitadamente del taburete. Haciendo caso omiso a la llamada de Corbell, abandonó el local.

El *G-men* abonó la consumición.

A los pocos minutos aparecieron Palmer y Magreth. Éste volvió a semejar una máscara de cera. La sonrisa también había desaparecido del rostro de Palmer. Intercambiaron unas palabras de despedida.

Peter Palmer fue el único en acudir junto al agente del FBI.

—Ya nos podemos ir, Harry.

Abandonaron el Seis Tréboles.

El «Mustang» estaba aparcado a poca distancia.

—No pareces muy complacido de tu reencuentro con Magreth.
¿Algún problema?

Palmer mesó sus cabellos.

Nerviosamente.

—Ralph es un buen amigo... Me ha ofrecido la administración del Seis Tréboles con un sueldo fabuloso. También me ha dado mil dólares para mis primeros gastos.

—Entonces..., ¿qué te preocupa?

—¿Tienes novia, Harry? ¿Estás enamorado de alguna muchacha?

Corbell sonrió por el brusco giro de la conversación.

No le sorprendió la pregunta.

—No, Peter.

—No te aconsejo la soledad, muchacho. Yo iba a contraer matrimonio cuando surgió el maldito caso de Stevenson. Se llamaba Elizabeth. La mujer que todo hombre sueña con encontrar. Juró esperarme, Harry. Todo el tiempo que fuera necesario. Jamás me olvidaría... Fue ella, su recuerdo, la que hizo más llevadera mi estancia en prisión, los sufrimientos...

—¿Qué ha ocurrido con ella?

—Ha desaparecido. Ralph no sabe nada de ella desde hace tiempo.

—¿Ralph? ¿Qué tiene que ver él?

—Supliqué a Ralph que cuidara de ella. Que nada faltara a

Elizabeth. ¿Por qué diablos crees que vendí mi parte del Seis Tréboles? Era un buen negocio y ahora lo es mucho más. Salir de prisión y volver a ser socio de Ralph. Fabuloso, ¿verdad? Sin embargo, debía proteger a Elizabeth. Por eso acepté el precio de Ralph. Sin regatear. Cedí mi parte en el negocio por cincuenta mil cochinos dólares. Fue a los diez meses de estar en Bikelsville. Ordené a Ralph que entregara esos cincuenta mil dólares a Elizabeth. Desde entonces no volvió a verla. Se largó con el dinero. Ralph asegura que la han visto por Los Ángeles, Las Vegas y que más tarde se estableció en Illinois. ¡Debo encontrarla, Harry!

¡Debo encontrarla! ¡Elizabeth es ya lo único que me importa!

Corbell quedó en silencio.

Pensativo.

Recordando las palabras de Stella.

Si era cierto que Elizabeth Hoffman vagaba por los tugurios de Barrio Gray, cabían dos hipótesis. Que hubiera despilfarrado los cincuenta mil dólares..., o bien, que Ralph Magreth jamás le entregara esa cantidad.

—¿Te visitó Elizabeth en la prisión?

—Los primeros meses. Luego le prohibí que volviera. Ella sufría... y yo me desesperaba al verla marchar.

—¿Por qué no tratas de olvidarla?

Peter Palmer, semienkorvado en el asiento del auto, alzó la cabeza. Con brusquedad. Sus ojos llamearon.

—¿Olvidarla? ¿También a ella? Pides demasiado, Harry. ¿Olvidar la injusticia que se cometió conmigo, olvidar cinco infernales años en Bikelsville... y ahora olvidar a Elizabeth? No..., ella es mi tabla de salvación... Me dedicaré a buscarla. ¡Tú, el FBI y esos malditos espías os podéis ir al infierno! ¡Elizabeth es lo único que me importa!

—Necesitas descanso, Peter. Te llevaré a tu apartamento.

—¡Al diablo contigo!

Palmer hizo ademán de descender del vehículo, pero el agente del FBI le retuvo por el brazo.

—Llevaré a Elizabeth a tu apartamento. Esta misma noche. ¿Satisfecho, Peter? Palmer parpadeó.

Incrédulo.

—¿Te estás burlando de mí?

—Elizabeth se encuentra en San Francisco.

—¿Dónde? ¡Maldita sea, Harry! ¿Dónde está?

—Aún no lo sé, Peter; pero será cuestión de horas el dar con ella.

—Iré contigo.

—No.

—¿Por qué?

—No te muevas de tu apartamento, Peter —replicó el *G-men*—. Te prometo que esta misma noche verás a Elizabeth.

Palmer pareció resignarse.

Quedó semiencorvado. Con el rostro oculto entre las manos. Sollozando entrecortadamente.

Harry Corbell puso en marcha el auto.

Sintió compasión por su viejo amigo. Recordó al Peter Palmer de antaño que deambulaba desafiante por los barrios bajos de Chicago. Sin miedo a nada ni a nadie. Peter Palmer era ahora un pelele.

CAPÍTULO V

Una simple llamada telefónica al departamento le proporcionó la información deseada.

Breves minutos de espera y el Servicio de Identificación comunicó los datos solicitados.

Harry Corbell los grabó en su mente.

«Elizabeth Hoffman. Veintiocho años de edad. Nacida en Reeding, California. Actriz sin fortuna en los estudios cinematográficos de Los Ángeles. Desde 1970 establecida en San Francisco. Sin antecedentes penales. Ultimo domicilio conocido: el 463 de Ward Street, Ultimo lugar de trabajo registrado: Harris Club, en el Barrio Gray». Barrio Gray.

La zona más miserable de San Francisco: Sucia y maloliente. Las ratas más nauseabundas de la bahía parecían darse cita allí. El clásico barrio de toda gran ciudad.

Corbell se había criado en uno de ellos. En el peor de Chicago. De ahí que no le impresionaran las lúgubres callejuelas de Barrio Gray. Zona habitada en su mayor parte por chicanos, puertorriqueños y fracasados.

Elizabeth ya no trabajaba en el Harris Club, pero un par de dólares lograron información para Harry Corbell. Ya sabía dónde localizarla.

En el 521 de Keach Road.

A poca distancia del Harris Club.

El agente del FBI volvió a situarse frente al volante de su auto. La noche ya era dueña de San Francisco. Las calles de Barrio Gray acentuaban su tristeza con una iluminación deficiente. Un fuerte hedor dominaba la zona. Olor a bestia humana. Viviendas de dos habitaciones qué albergaban a diez o más elementos. Bidones de basura que incluso eran desdeñados por las ratas.

San Francisco, la ciudad de la Puerta de Oro.

Sí.

Barrio Gray también pertenecía a San Francisco, pero sus habitantes eran ignorados. Contrastando con los afortunados moradores de Nob Hill, con las principescas noches de North Beach, con los exquisitos manjares a degustar en The Embarcadero... Nadie hablaba de la miseria reinante en Barrio Gray. ¿Por qué hacerlo? Las hay en todas las ciudades importantes del mundo.

Keach Road.

Una callejuela de húmedo y pegajoso asfalto. El número 521 pertenecía a un *nightclub*. El luminoso de neón resaltaba anunciando el nombre del local.

Cepheus.

Harry Corbell estacionó el auto a poca distancia del local. Descendió del vehículo aproximándose al *night-club* con lento caminar. Un individuo parecía custodiar la entrada. Correspondió con un gruñido al saludo del *G-men*.

Corbell descendió la escalera que conducía al local.

Instintivamente arrugó la nariz.

Al empujar los batientes de entrada le llegó una pestilente bocanada de irrespirable aire. La sala aparecía semienvuelta por una espesa neblina. Olor a tabaco, sudor y perfume barato. Todo mezclado.

El club no era amplio. Las mesas se agrupaban desordenadamente alrededor de la pista de baile. Una orquesta, por así llamar a tres famélicos individuos, interpretaban con nulo entusiasmo una lenta melodía. La iluminación, clásica en aquellos tugurios, se limitaba a unos diseminados pilotos rojizos.

Harry Corbell acudió al mostrador.

El empleado, un fulano con ojos de vicioso, le interrogó con la mirada.

—*Whisky*.

El agente del FBI, al ser servido, depositó cinco dólares junto al vaso.

Ojos Viciosos biqueó comprendiendo que podía ganar aquel Lincoln.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—Quiero ver a Elizabeth Hoffman.

El empleado del mostrador volvió a biquear.

—¿Sólo eso?

—Ajá.

—*Okay*, compañero. Nada más fácil. Esos hijos de perra que están bailando en la pista terminarán dentro de unos minutos. Entonces empezarán las grandes atracciones del Cepheus. Se inician con Elizabeth. Gracias por los cinco dólares.

El individuo hizo desaparecer el billete con risa de hiena.

Corbell no hizo ninguna otra pregunta.

Fue Ojos Viciosos quien reanudó la conversación.

—Pierde el tiempo, hermano. Elizabeth es muy orgullosa. Terminada su actuación vuelve al camerino. No le agrada alternar con la basura. En ocasiones hace alguna excepción, pero sólo con conocidos. No, hermano..., no le recomiendo a Elizabeth, pero sí puedo proporcionarle buena diversión. A pocas manzanas de aquí. Un apartamento... privado. Algo excitante que...

—¿Se puede llegar al camerino de Elizabeth? —interrumpió el *G-men*.

—No, hermano. Prohibida la entrada.

Harry Corbell volvió a sacar cinco dólares, pero el individuo movió la cabeza en sentido negativo.

Corbell dudó.

Tenía tres alternativas.

Mostrar su credencial de agente del FBI, hacerle saltar los dientes de un trallazo o aumentar la oferta a diez dólares.

Decidió lo último.

Y Ojos Viciosos aceptó.

—Es usted muy convincente, hermano. Debe salir, doblar la esquina y entrar por la puerta trasera del local. Nadie le cortará el paso. Encontrará un pasillo. La tercera puerta de la izquierda corresponde al camerino de Elizabeth..., aunque ahora deberá esperar. Ya va a salir a la pista.

La orquesta había cesado obligando a las parejas a retornar a sus mesas. Las escasas luces del local se eclipsaron para ser reemplazadas por un foco proyectado sobre la pista circular.

Y apareció Elizabeth.

Al compás de una sensual música. Bañada por aquel rayo de rojiza luz.

La mujer lucía un ceñido vestido que modelaba,

provocativamente, su escultural cuerpo. Cintura cimbreante, torneadas caderas... Parecía la reencarnación de una diosa del Olimpo.

Comenzó a danzar.

Siguiendo el voluptuoso ritmo de la orquesta.

Se despojó del ancho cinturón plateado. La falda, con abotonadura lateral, estaba adornada con infinitas lentejuelas que relampagueaban a la luz del foco. La pieza del vestido quedó a sus pies. El rayo rojizo cambió a un verde intenso.

La clientela masculina rugía de entusiasmo, profiriendo procaces comentarios.

Elizabeth parecía lejana a todo aquel bullicio. Bailaba ausente. Sin expresión alguna en el rostro.

Lucía ahora un reducido dos piezas color carne.

Harry Corbell se alejó del mostrador encaminándose hacia la salida.

No.

Aquello no hubiera agradado a Palmer.

Cuando el agente del FBI abandonó el local, le llegó un estridente griterío acompañado de sonoros aplausos. Reveladores de que Elizabeth había culminado su *show*.

Harry Corbell encendió un cigarrillo, doblando la esquina. Descubrió los cuatro escalones que conducían a la entrada posterior del local. La puerta cedió. Tal como indicara Ojos Viciosos, nadie le cerró el paso. El corredor, con marcado hedor a humedad, hizo crujir la madera bajo las pisadas del *G-men*.

Se detuvo en la tercera puerta de la izquierda.

Empujó la hoja de madera.

Elizabeth ya estaba allí.

Sentada frente a un espejo. Sobre sus hombros una larga capa roja.

La mujer, que no se dignó a girar la cabeza, vio a Corbell reflejado en el espejo.

—Se ha equivocado. Lárguese.

Harry Corbell cerró la puerta avanzando hasta el centro del reducido camerino. Extrajo su credencial.

—Quiero hablar contigo, Elizabeth.

La mujer sonrió, despectiva.

—¿El FBI? ¡Qué gran honor! Ignoraba haber cometido un delito federal. ¿De qué se me acusa?

—Peter Palmer está en libertad.

Las manos de Elizabeth, manipulando un frasco del tocador, se crisparon. Fue su única reacción visible.

—¿De veras?

Corbell contempló fijamente a la mujer.

Admirando su entereza.

—Peter te busca, Elizabeth. Quiere verte. No te ha olvidado.

—El Cepheus es un local público. Hay dos pases de atracciones. Lo más selecto de San Francisco.

—Peter no sabe que estás aquí.

Elizabeth giró incorporándose del asiento. Enfrentando su mirada a la del *G-men*. La roja capa se abrió, pero eso no pareció importar a la mujer.

—Cartas boca arriba, encanto. ¿Qué quieres de mí? ¿Desde cuándo el FBI se dedica a casamentero?

—Soy amigo de Peter.

—¡Y un cuerno! ¡Sé lo que buscas, polizonte! ¡Ya me interrogaron intensamente hace cinco años! Mis relaciones con Peter no se extendían al campo del espionaje. ¡No sé nada! ¡Déjame en paz!

—Prometí a Peter llevarte a su presencia.

—¡Al diablo con Peter!

Corbell esbozó una sonrisa.

—No eres muy agradecida, Elizabeth. Máxime con el hombre que te proporcionó cincuenta mil dólares.

El rostro de Elizabeth sí se alteró ahora. Reflejando profundo estupor.

—¿De qué estás hablando?

—Peter vendió su parte del Seis Tréboles por cincuenta mil dólares. Lo hizo desde la prisión de Bikelsville. Un precio muy bajo, pero no estaba en condiciones de discutir con Ralph Magreth. Le ordenó a este que te entregara el dinero.

—¿Peter..., Peter hizo eso...?

—¿Acaso Magreth no te entregó los cincuenta mil dólares?

Elizabeth parecía aturdida.

Movió lentamente la cabeza.

—No... ¡Oh, Dios mío...! ¡Yo creí que Peter se había olvidado de mí! Incluso llegué a sospechar que Magreth cumplía sus órdenes... Yo... no..., no podía imaginar...

—¿Qué órdenes?

—Cuando encarcelaron a Peter, yo quise continuar trabajando en el Seis Tréboles; pero Ralph Magreth me despidió. También me negó toda ayuda económica. Intenté trabajar en cualquier *night-club* de North Beach, pero fue inútil. Todos los locales del centro de San Francisco me negaban trabajo cumpliendo instrucciones de Magreth. Se ayudan unos a otros. Tuve que vender mis joyas, vagar de un lado a otro... Sólo en los barrios miserables como Gray me admitían. ¡Fue un complot contra mí! ¡Para que abandonara California! Culpé a Peter... creí que él...

—Peter vendió su parte en el Seis Tréboles sólo por ayudarte. No te ha olvidado un solo instante.

—Tampoco yo le he olvidado... ¿Dónde está?

—Sería conveniente que llevaras algún vestido. Peter puede impresionarse demasiado.

Elizabeth sonrió.

Se ocultó tras el biombo, procediendo a vestirse.

—Peter en libertad... no puedo creerlo... ¿Por qué no ha venido él? ¿Por qué te ha enviado?

—Peter ignora que trabajas aquí. Magreth le negó conocer tu paradero.

—El muy cerdo... ¡Demasiado sabe que estoy entre esta basura!

—Procura calmarte, Elizabeth. Peter sufrirá un duro golpe. Hazle razonar para que reclame a Magreth los cincuenta mil dólares sin emplear la violencia. Podría traer fatales consecuencias para él. Acaba de salir de prisión y...

—Lo sé. Creo incluso que sería mejor olvidar ese dinero —murmuró la mujer con débil voz—. Magreth es un canalla. No jugará limpio. Peter y yo podemos emprender nueva vida lejos de aquí.

Elizabeth salió del biombo luciendo un discreto vestido de cuello cerrado.

—Recoge todas tus cosas, Elizabeth. Peter no te permitirá volver al Cepheus.

La mujer atrapó un bolso de mano. Trazó una mirada a su

alrededor.

—Ya está todo. Lo demás tendría que desinfectarlo.

Abandonaron el camerino.

La propia Elizabeth se dirigió a la puerta trasera.

—Tengo el auto a poca distancia de aquí, Elizabeth.

—¿Dónde está Peter?

—Alquiló un apartamento en Badel Street. Te está esperando. Le prometí dar contigo y...

Harry Corbell se interrumpió.

Ya próximos al «Mustang» fueron deslumbrados por los potentes faros de un auto que avanzaba por Keach Road a gran velocidad.

—¡Al suelo, Elizabeth!

La orden de Corbell coincidió con el estruendoso crepitar de una ametralladora.

Una lluvia de plomo se centró sobre el agente del FBI y la mujer.

CAPÍTULO VI

Harry Corbell, dudando de la rapidez de reflejos en Elizabeth, la arrojó al suelo de violento empujón. También él se pegó al asfalto. Quedaron semiocultos por el guardafangos delantero del «Mustang».

Las balas silbaron a poca distancia.

La ráfaga de metralla destrozó los cristales del auto.

Corbell no permaneció inactivo. Llevó su diestra a la funda sobaquera para apoderarse de su reglamentario «Colt» Woodsman.

El vehículo atacante pasó como una exhalación. De una de las ventanillas delanteras asomaba el cañón de una «Browning». Vomitando fuego.

El agente del FBI no disparó.

Continuó agazapado. Protegiendo con su cuerpo a Elizabeth. Al alejarse el auto, fue cuando el *G-men* entró en acción. Giró sobre sí mismo dando varias vueltas en el húmedo asfalto. Quedó de bruces. Con el brazo derecho extendido.

Y apretó el gatillo.

Por tres veces consecutivas. Asegurando el blanco, dificultado por la reinante oscuridad de Keach Road.

Uno de los neumáticos del auto, un «Pontiac» negro, estalló ruidosamente. El chirriar de las ruedas se entremezcló con el rugir del motor. El conductor trataba de controlar el vehículo.

No lo consiguió.

El «Pontiac» se estrelló con violencia contra uno de los postes del agua.

Harry Corbell se incorporó de ágil salto emprendiendo veloz carrera hacia el auto siniestrado.

A menos de diez yardas vio salir a un individuo portando la ametralladora «Browning» y encañonando al agente del FBI.

Corbell se le adelantó.

Su dedo índice volvió a accionar el disparador.

El individuo recibió el proyectil entre ceja y ceja. Dio un acrobático y macabro salto hacia atrás desplomándose sin vida.

Harry Corbell llegó junto al «Pontiac».

El segundo ocupante del vehículo ya nada podía hacer. Estaba muerto. Tenía el volante clavado en el pecho y el rostro destrozado por el brutal choque contra el parabrisas.

Se escucharon algunos gritos femeninos. También varias ventanas se iluminaron asomando rostros entre atemorizados y curiosos. A ninguno se le pasó por la imaginación llamar a la policía. Lo correcto en aquellos casos era mantenerse al margen. Sin meter las narices en problemas ajenos.

Elizabeth había acudido junto al agente del FBI.

Con la palidez recubriendo sus bellas facciones.

Harry Corbell, con la puntera del zapato, hizo girar el cadáver del individuo de la «Browning».

—¿Le conoces, Elizabeth?

La mujer asintió.

Nerviosamente.

—Sí..., también al del volante... Cliff Thompson y Chris Mac Kem. Son dos hombres de Ralph Magreth. Encargados de mantener el orden en el Seis Tréboles.

El ulular de una sirena se dejó oír por Barrio Gray. Paulatinamente se hizo más intenso. Un coche de la Metropolitan Pólice, con la luz roja girando en la capota, hizo su aparición en Keach Road.

—Espera en mi auto, Elizabeth —dijo Corbell, entregando las llaves—. Me reuniré contigo en unos minutos.

La mujer obedeció.

Harry Corbell, que controlaba la proximidad de los curiosos, permaneció a la espera de los agentes de la Metropolitan Police. El auto se detuvo junto al «Pontiac».

Descendieron dos uniformados agentes.

Uno de ellos, al percatarse de la gravedad del suceso, volvió a introducirse en el vehículo para comunicarse por radio.

El otro policía intercambió unas palabras con Corbell. Éste se había dado a conocer, mostrando su credencial.

Harry Corbell conversó con los dos policías por espacio de varios minutos.

Retomó junto a su «Mustang».

Elizabeth, acomodada en el asiento delantero, mantenía las manos a la altura de la garganta. Los brazos cruzados sobre el pecho. Protegiendo el agitado palpitar de sus senos.

El *G-men* se situó frente al volante.

Inició la marcha.

La mujer, cuyos ojos aún reflejaban un destello de terror, parpadeó perpleja.

—¿No piensa detener a Magreth?

—¿A Magreth? ¿Por qué?

El estupor se acentuó en Elizabeth.

—¡Han intentado matarnos! ¡Esos dos hombres trabajaban para Magreth! ¡Los he identificado!

—Y los dos han muerto, Elizabeth. ¿Qué pruebas tenemos contra Magreth? ¿Que trabajaban para él? Eso nada significa. Ralph Magreth negará...

—¡Dio la orden! ¡Quiere matarme, Harry! ¡Lo sé...!

El «Mustang» ya había abandonado Barrio Gray.

Corbell se llevó un cigarrillo a los labios.

—Consideraba a Ralph Magreth un tipo inteligente. Al atacar abiertamente al FBI él mismo se pone la soga al cuello.

—Puede que te confundieran con Peter. La idea de Magreth es eliminamos a los dos.

—¿Por cincuenta mil cochinos dólares?

Elizabeth esbozó una amarga sonrisa.

—Mi deambular por Barrio Gray me ha enseñado muchas cosas, Harry. Conozco individuos capaces de matar a su madre por un puñado de dólares. Magreth tiene miedo. Teme la reacción de Peter al descubrir el engaño de que fue objeto. Eso, y no los cincuenta mil dólares, le impulsan a actuar.

Harry Corbell quedó en silencio.

Ahora comprendía la palidez de Magreth al serle comunicada la puesta en libertad de Peter Palmer.

Todos aquellos problemas personales de Palmer dificultaban la acción del agente del FBI. Le apartaban de su misión e incluso una violenta reacción de Palmer podía echarla por tierra.

—Elizabeth..., ¿sigues queriendo a Peter?

La respuesta de la mujer fue rápida.

Sin vacilación.

—Con todas mis fuerzas. No he dejado de amarlo. Incluso cuando creía que me había olvidado.

—Cuando Peter conozca el engaño de Magreth, y el atentado que acabamos de sufrir, montará en cólera. Soy viejo amigo de Peter y le conozco bien. Sólo tú podrías calmarle. Si se ve involucrado en cualquier incidente grave, volvería a Bikelsville sin remisión. Con su historial de poco sirven los atenuantes.

—Haré lo imposible para que olvide todo deseo de venganza.

El *G-men* sonrió.

—Gracias, Elizabeth. Eres una buena chica. También tú tienes motivos para odiar a Magreth.

—En estos últimos cinco años he sufrido mucho. Parece como si yo también hubiera padecido una condena. ¿Odiar a Magreth? En Barrio Gray se pierde todo, Harry. Incluso la capacidad para odiar.

Corbell volvió a guardar silencio.

El auto ya circulaba por las inmediaciones a la luminosa Columbus Avenue. Minutos más tarde recorría Badel Street. Un longitudinal sendero de asfalto plagado de apartamentos de alquiler, oficinas comerciales y hoteles.

Harry Corbell detuvo el auto frente al edificio señalizado con el número 1087.

—Bien... Ya hemos llegado —al ver que la mujer no hacía ademán de salir, añadió—: ¿Ocurre algo, Elizabeth?

—Tengo miedo, Harry... ¿Estás seguro de que Peter quiere verme? ¿De que no me ha olvidado?

—¡Por supuesto! Anda, vamos...

El agente del FBI descendió del «Mustang», abriendo la portezuela correspondiente a Elizabeth.

Penetraron en el edificio.

—Yo tengo mi apartamento más abajo. En el 1825.

Elizabeth rió nerviosamente.

—No sospechaba tan estrecha amistad entre Peter y un agente del FBI.

—Nuestra amistad se remonta a tiempos muy lejanos.

El elevador les llevó a la octava planta.

A ambos lados del moquetado corredor se alineaban puertas con su numeración correspondiente.

Corbell se detuvo frente a la señalizada con las siglas
803-AB.

Pulsó el llamador, a la vez que dirigía una animosa sonrisa a la mujer.

La puerta se abrió al instante.

Como si la llamada hubiera sido fuertemente deseada.

Peter Palmer apareció bajo el umbral.

Quedó inmóvil.

Con los ojos fijos en Elizabeth.

Ninguno se atrevió a pronunciar palabra alguna. Sus miradas hablaban por ellos. Lenta, muy lentamente, se aproximaron el uno al otro para unirse en un fuerte abrazo.

Elizabeth quiso hablar, pero un súbito llanto ahogó su voz.

Harry Corbell, cuya presencia parecía ignorada, retrocedió con una sonrisa en los labios.

Retornó al elevador.

Palmer y Elizabeth debían quedar solos. Además, el agente del FBI tenía trabajo.

Un trabajo muy agradable.

Sí.

Tenía que hacerle saltar un par de dientes al bastardo de Ralph Magreth.

CAPÍTULO VII

El individuo, de rostro aniñado y abundante pelo rubio, sonrió abiertamente.

—Ninguna novedad, Harry.

—¿Magreth?

—Sigue en el Seis Tréboles. Cuando la Metropolitan Police nos pasó tu comunicación, Leigh casi ordena arrasar el local. Se calmó optando por aceptar tu sugerencia. Ninguna acción contra Ralph Magreth, aunque de poco hubiera servido. Ha permanecido todo el tiempo en las salas de juego. De nada se le puede acusar... oficialmente.

—Sigue ahí, ¿eh...? Bien. Gracias, Warner.

—Mac Nair controla la otra salida. ¿Quieres que...?

—No. Sólo deseaba mantener bajo vigilancia a Magreth. Tú y Mac Nair ya os podéis marchar. Yo me encargaré del asunto. Buenas noches, Warner.

Harry Corbell se alejó de su compañero encaminándose hacia la entrada principal del Seis Tréboles.

Se cruzó con clientes habituales del casino que ya iniciaban la retirada. Por la expresión de sus rostros, la noche no había sido fructífera. Muy pocos abandonaban las salas de juego con una sonrisa. La parte del león siempre era para la casa.

El agente del FBI se dirigió directamente a la mesa de ruleta. Aquélla era la sala preferida por Magreth; sin embargo, no le encontró allí. Algunas mesas, en las salas contiguas, empezaban a ser retiradas.

El Seis Tréboles procedía a su breve letargo.

Corbell no se molestó en indagar el paradero de Ralph Magreth. Acudió a la puerta tapizada que, junto con la indicación de «Privado», ostentaba el aviso de «Prohibida la entrada».

El *G-men* hizo caso omiso a ambas advertencias.

Accionó el picaporte.

La estancia correspondía a un lujoso despacho ya conocido por Corbell en anteriores visitas al Seis Tréboles. Una amplia habitación de insonorizadas paredes y con un sistema de televisión en circuito cerrado para controlar todas las salas de juego.

Ralph Magreth se hallaba tras la mesa escritorio. Acomodado en un sillón giratorio. Junto a él, Alan Smith, su jefe de *croupiers* y hombre de confianza.

—¿Qué significa...? ¡Maldita sea, Corbell! ¡No tiene ningún derecho a entrar así en mi despacho!

—Quiero hablarle, Magreth. A solas.

—¡Cursaré una protesta a sus superiores! Ya estoy cansado de sus impertinencias y...

Ralph Magreth, que se había incorporado del sillón, fue obligado a sentarse de nuevo merced a un violento empujón del agente del FBI.

—También yo empiezo a cansarme, Magreth —silabeó Corbell—. ¿Quiere hablar aquí o en el departamento?

Ralph Magreth tragó saliva.

Comprendió que aquello iba a ser algo más que un rutinario interrogatorio. Hizo una muda seña a Alan Smith indicando que se retirara.

Harry Corbell se apoyó en una de las esquinas de la mesa.

Encendió un cigarrillo.

—Puede borrar de su plantilla a Cliff Thompson y Chris Mac Kem. Este mes no se presentarán a cobrar la nómina. Ahora prestan servicios en el infierno.

Magreth forzó una sonrisa.

—Ignoro lo que quiere decir, Corbell..., pero debo advertirle que Thompson y Mac Kem dejaron de trabajar para mí hace una semana. Fueron despedidos.

—¿De veras? Muy astuto, Magreth. Lo triste es que Thompson y Mac Kem ya no pueden hablar. Están muertos. Muy muertos.

Ralph Magreth se esforzó por mantener aquella sonrisa en los labios. Una mueca que se acentuaba por el frío sudor que perlaba su mofletudo rostro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Intentaron liquidar a Elizabeth Hoffman. Yo iba con ella. Sin

duda, sus dos hombres me confundieron con Palmer. No le creo tan estúpido como para atentar contra un agente del Federal Bureau of Investigation, ¿verdad, Magreth?

—¡Ya le he dicho que Thompson y Mac Kem no trabajaban para mí!

El *G-men* alargó el brazo derecho.

Sin apenas cambiar de posición.

Un movimiento suave y que, sin embargo, hizo oscilar la pesada cabeza de Magreth. El trallazo en la boca hizo asomar un hilillo de sangre por la comisura de sus labios.

Ralph Magreth bizqueó.

Su sorpresa fue superior al dolor.

—¿Se... se ha vuelto loco...? Puedo acusarle de...

—Otra amenaza y le hago tragar los dientes —interrumpió Corbell secamente—. Thompson y Mac Kem cumplían sus órdenes. Acabar con Elizabeth y, a ser posible, también con Peter Palmer.

—¿Por qué iba a ordenar eso? Peter es mi amigo...

—No siga fingiendo, Magreth. Ya estoy al corriente de su sucia jugada. Palmer le vendió su parte del Seis Tréboles. Por cincuenta mil dólares. Esa cantidad debía ser entregada a Elizabeth. No lo hizo, Magreth. Y no contento con quedarse el dinero, se dedicó a hacer la vida imposible a Elizabeth. Ahora teme la justa ira de Palmer, ¿no es cierto?

—Yo..., yo no...

—Aún no he terminado, Magreth. Apuesto a que mañana le visitará Palmer. Y de muy mal humor. Procure no contrariarle en lo más mínimo. Le pedirá perdón y se mostrará conforme a indemnizarle, le entregará los cincuenta mil dólares, intereses y todo cuanto Palmer justamente solicite.

—¡Peter me matará! ¡Lo sé!

—Eso es lo que merece, Magreth; pero no se preocupe. Palmer nada le hará. Si vuelve a atentar contra él o Elizabeth no tendrá salvación. No descansaré hasta llevarle a la cámara de gas. Ya ha dado un mal paso enviando a esos dos hombres. No hay pruebas en su contra, pero si vuelve a intentarlo no las necesitaré. Solucionaré el caso metiéndole un balazo entre ceja y ceja.

—Usted es un agente del FBI... no puede...

Corbell rió en desdeñosa carcajada.

—¿Eso cree? Su intervención está entorpeciendo una delicada e importante misión, Magreth. Si para conseguir el éxito debo aplastarle, no dudaré en hacerlo. Es usted una repugnante cucaracha que nadie echará en falta. Sí..., será un placer aplastarle. Buenas noches, Magreth.

El agente del FBI abandonó el despacho.

Dejando tras de sí a un pálido y tembloroso Ralph Magreth.

Alan Smith se presentó a los pocos segundos. Su aparición hizo reaccionar a Magreth.

—¡Ese par de estúpidos han fallado!

Smith se llevó una pastilla de mascar a la boca.

Con indiferencia.

—Da gracias a que han muerto. De nada pueden acusarte. Te lo advertí, Ralph. ¿Por qué matar a Elizabeth? El peligro está en Palmer. El es el único que puede hacerte daño.

—Liquidando a Elizabeth, Peter jamás llegaría a saber que me quedé con los cincuenta mil dólares. Ahora ya está al corriente de todo.

—Tranquilízate. Yo me encargaré de él.

—No.

Alan Smith, un individuo de tez blanquecina y ojos saltones, dirigió una estupefacta mirada a su interlocutor.

—¿Qué te ocurre, Ralph? ¿Acaso temes esa amenaza de Corbell? Estaba fanfarroneando. ¿No lo comprendes? Es un agente del FBI. Trataba de meterte el miedo en el cuerpo.

—No quiero complicaciones, Alan. Esperaré la visita de Peter. Acaba de salir de prisión y dudo que quiera volver. Se mostrará razonable.

—¿Piensas darle los cincuenta mil dólares?

—Sí. Con el FBI de por medio es lo más prudente. Peter y yo llegaremos a un acuerdo.

—¡No seas estúpido! ¡Yo me encargaré de Palmer! Sin el menor fallo.

—Ya lo he decidido. Por una vez, y sin que sirva de precedente, no se utilizará la violencia.

—Es un error ceder, Ralph.

Magreth no respondió.

Se encaminó hacia la puerta para, minutos más tarde, abandonar

el Seis Tréboles. En el aparcamiento se hallaba su «Buick» último modelo.

Había sido un día pródigo en emociones.

La libertad de Palmer, su entrevista con él, ordenar su muerte, la intervención del FBI, la dura jornada en el Seis Tréboles...

Sí.

Un duro día para Ralph Magreth.

Pero ahora le esperaba un merecido descanso.

Un largo, profundo y eterno sueño del que no volvería a despertar.

El apartamento de Ralph Magreth se encontraba emplazado en uno de los más aristocráticos edificios de Nob Hill. Con todo lujo y confort. Apartamentos reservados a los poderosos.

Magreth bostezó al salir del elevador.

Faltaban pocas horas para el amanecer. Pronto las luces del alba, dificultadas por los bloques de cemento que dominaban San Francisco, harían su aparición anunciando el nuevo día.

Para Ralph Magreth era la hora de retirarse a dormir. Hasta la llegada del almuerzo.

Al final del corredor se hallaba su apartamento. Introdujo la llave en la cerradura penetrando en la vivienda. Encaminó sus pasos al salón procediendo a prepararse un largo vaso de *whisky* con dos cubos de hielo.

Acudió al dormitorio depositando el vaso sobre la mesa de noche. Atrapó el pijama pasando al cuarto de baño. Una ducha fría, un cigarrillo y un vaso de *whisky* era lo acostumbrado antes de acostarse.

Retornó al dormitorio luciendo un llamativo pijama de colores. Se sentó en el lecho abriendo el cajón de la mesa. De allí extrajo la cajetilla de tabaco y un ejemplar de *The Phantom*. Alargó la mano para coger el vaso de *whisky*, pero sus dedos se cerraron en el vacío.

El vaso no estaba allí.

Había desaparecido.

Ralph Magreth se incorporó perplejo. Convencido de haber depositado allí el vaso. Fue de nuevo al cuarto de baño.

El vaso estaba allí.

Vacío.

Sólo los dos cubos de hielo reposaban en el fondo.

Magreth sacudió la cabeza. Tratando de buscar una explicación a todo aquello.

—Era un buen *whisky*, Ralph.

Magreth giró ante la voz que surgió a su espalda. No se percató de la sombra que aparecía tras la puerta. Cuando quiso reaccionar, unos brazos le inmovilizaron.

La voz volvió a sonar frente a él:

—Nos ventilaremos la botella, Ralph. Tú brindarás desde el Más Allá. En compañía de Satanás.

—No..., espera... ¡No...! ¡No...!

La navaja de afeitar brilló fugazmente. Se hundió en la garganta de Magreth. La hoja, ahora teñida en rojo, siguió sádicamente trazando profundos surcos en el pecho de Ralph Magreth.

Aquellos brazos a su espalda continuaban sosteniéndole.

Firmemente.

Permitiendo que el asesino hundiera la navaja una y otra vez en el indefenso Magreth.

CAPÍTULO VIII

El timbre resonó entremezclándose con el zumbir de la máquina de afeitar.

Corbell desconectó el aparato.

Abandonó el dormitorio para dirigirse al reducido *living*. Abrió la puerta de entrada al apartamento. Una instintiva mueca se reflejó en su rostro al comprobar la identidad de su visitante.

—Tú tenías que ser...

—¿Qué te ocurre, Harry? ¿Otra vez la úlcera?

Corbell se hizo a un lado permitiendo la entrada de la muchacha.

Una joven de unos veintidós años de edad. De seductora belleza. Rostro de perfecto óvalo destacando unos soñadores ojos verdes y los gordezuelos labios. Cuerpo de diosa griega oculto tras un corto vestido camisero que no simulaba la firmeza de los juveniles senos ni la suave curva de las caderas.

Todo un espectáculo.

Como un estimulante para empezar el día con optimismo.

Pero Harry Corbell no parecía muy entusiasmado.

—¿Qué quieres, Natalie?

La muchacha hizo un mohín de disgusto.

—Perdono tu nula galantería, Harry. Es lógica en un individuo que acaba de despertar.

Todavía estás con la mente aletargada.

—He dormido un par de horas.

—Pobrecito mío...

Corbell fijó su mirada en la joven. Con deliberada insolencia. Empezó en los carnosos labios femeninos, el frágil cuello, los erguidos senos, la cintura de odalisca...

Chasqueó la lengua.

—Eres desconcertante, pequeña. Nos conocemos desde hace

tiempo. Desde el mismo día en que me instalé aquí.

—Por supuesto, Harry. Soy tu vecina de apartamento.

—Ajá. Te he invitado a almorzar al Julius Castle, te he llevado a bailar a Sheraton Palace..., me he gastado contigo el sueldo de varios meses sin conseguir nada positivo.

—¿Nada positivo? —inquirió la muchacha con inocente sonrisa

—. ¿A qué te refieres?

El *G-men* hizo caso omiso a la pregunta.

—Te he rogado infinidad de veces tomar unas copas en mi apartamento, pero siempre, muy diplomática, me has enviado al diablo. Y te presentas en los momentos más inoportunos.

—Únicamente cuando no corro peligro.

Estaban muy cerca.

Corbell sólo tuvo que alargar el brazo derecho para poder abarcar la cintura femenina.

Unió sus labios a los de Natalie.

—Harry..., ¿no es muy tarde ya?

—¡Maldita sea! ¿Eres de hielo?

Ahora fue Natalie quien tomó la iniciativa. Sus brazos se enroscaron tras la nuca de Corbell. Entreabrió los gordezuelos labios besando con pasión al agente del FBI.

Y también fue ella la primera en separarse.

Corbell movió la cabeza.

Sonriente.

—Jamás entenderé a las mujeres... ¡Jamás!

—Tengo el coche averiado, Harry. ¿Me llevas hasta Market Street?

—¿Ése es el motivo de tu visita? *Okay*, nena. En unos minutos estaré contigo.

Corbell dejó a la muchacha en el salón. Retomó con la chaqueta en la mano. Su funda sobaquera, asomando la pavonada culata del revólver, quedó visible. Natalie estaba en uno de los sillones. Con las piernas cruzadas. La corta falda del vestido permitía admirar con generosidad los esbeltos muslos.

—Eres un mal amigo, Harry. De haberme informado de la libertad de Peter Palmer, hubiera sido una gran exclusiva para mi periódico. El jefe me habría felicitado.

Corbell entornó los ojos.

—Empiezo a comprender el verdadero motivo de tu visita. Sonsacarme datos, ¿eh?

—Oh, no... El caso quedó cerrado, ¿no es cierto?

—Correcto.

—¿Por qué se adelantó la libertad de Palmer?

—Buena conducta.

Natalie inspiró profundamente.

Sus túrgidos senos se hincharon provocativamente bajo la suave tela.

Y los ojos del *G-men* se tornaron vidriosos.

—El director está de uñas conmigo, Harry. Una exclusiva del caso Palmer me vendría muy bien.

—Peter Palmer ya cumplió condena. El caso quedó cerrado.

—Pero la red de espionaje sigue operando en el país. Con más fuerza que nunca.

Palmer perteneció a la organización y...

El timbre del teléfono cortó las palabras de la muchacha.

Harry Corbell se inclinó sobre la mesa del salón donde reposaba el aparato. Atrapó el auricular.

—¿Sí?

Reconoció la voz que le llegaba a través del micro.

Era Anthony Leigh.

El viejo SAC habló atropelladamente:

—Malas noticias, Corbell. Han liquidado a Ralph Magreth. En su apartamento. Se acaba de descubrir el cadáver. Ya he enviado a los muchachos del laboratorio hacia allí. —Voy de inmediato, señor.

—No, Corbell. Tu presencia allí no es necesaria. Yo mismo me encargaré de las investigaciones. Debes localizar cuanto antes a Palmer.

La mano derecha del *G-men* aferró con fuerza el auricular.

Hasta hacer blanquear los nudillos.

—¿Localizarle?

—Apuesto que ha desaparecido.

—¿Sospecha de él, señor?

—¡Maldita sea! ¡Baje de las nubes, Corbell! ¿Quién otro podía desear la muerte de Magreth? ¡Actúe de inmediato!

El SAC cortó la comunicación.

Harry Corbell depositó lentamente el auricular.

La muchacha se había incorporado para acudir junto al agente del FBI.

—¿Ocurre algo, Harry?

Corbell esbozó una amarga sonrisa a la vez que rodeaba los hombros femeninos.

—Nada de particular, pequeña. Un asesinato. Algo ya sin importancia en San Francisco. Algo normal en esta maldita selva de asfalto.

Harry Corbell percibió el turbador contacto del busto femenino presionando su brazo derecho.

—No me dejas conducir, Natalie.

La muchacha soltó airadamente el brazo del *G-men*.

—¡Tú sí eres de hielo! Por favor, Harry... ¿Qué importancia tiene el que me adelantes la noticia? Se dará a la Prensa de un momento a otro. Quiero llegar antes que mis compañeros. ¿De quién se trata, Harry? ¿A quién han asesinado?

—Ralph Magreth.

El bello rostro de Natalie mostró cierto desencanto.

Aquel nombre no le decía nada.

—¿Ralph Magreth...?

—Sí, nena. ¿Qué querías? ¿Un asesinato como el de Dallas? El tal Magreth era propietario del Seis Tréboles. ¿Te anima eso?

—¿No era ésa la sala de juego de Palmer...? ¡Sí! ¡Ahora recuerdo! Se descubrió que uno de los *croupiers* del Seis Tréboles pasaba información secreta... Palmer y Magreth eran socios...

—Sobresaliente.

—¿Han matado a Ralph Magreth en su local?

—En su apartamento de Nob Hill. El 1833 de Joyce Street.

—Pero... ¡Estamos en dirección opuesta a Nob Hill!

El agente del FBI sonrió burlón.

—Yo no he dicho que fuera allí. Voy mucho más cerca. Y lamento no llevarte hasta Market Street.

—¡Ya no quiero ir a Market Street! —exclamó la muchacha abriendo la portezuela del auto—. Para, Harry. Tomaré un taxi hasta Nob Hill.

—*Okay*. ¿No hay recompensa por la información?

Natalie se ladeó para besarle fugazmente en los labios.

Descendió precipitadamente del «Mustang».

—Esta noche tendrás el resto, Harry. Si consigo un buen artículo lo celebraremos con una botella de champán.

—¿En mi apartamento? —sugirió Corbell, esperanzado.

Su pregunta quedó sin respuesta.

Natalie había divisado un taxi y corría por la calzada agitando el brazo derecho.

Harry Corbell no reanudó la marcha. Quedó en el vehículo hasta comprobar que la joven se alejaba en el taxi.

Movió la cabeza de un lado a otro.

Natalie jamás sería buena periodista.

Demasiado impresionable. Fue un error el que abandonara el semanario femenino ingresando en un periódico. Las noticias truculentas, los turbios sucesos, la basura que dominaba el mundo no podían ser narradas por Natalie. Pronto se percataría de ello.

Corbell descendió del auto.

Se hallaba a poca distancia del apartamento de Palmer.

La noticia comunicada por Leigh había desconcertado al agente del FBI. El asesinato de Ralph Magreth no parecía guardar relación con la red de espionaje.

¿Una venganza de Palmer?

Harry Corbell arrojó, furioso, el cigarrillo que ni siquiera había llegado a encender. Penetró en el edificio avanzando hacia el elevador. Minutos más tarde pulsaba el llamador correspondiente al apartamento de Palmer.

Elizabeth acudió a abrir la puerta.

Sonriente.

Una Elizabeth muy distinta a la que, noches atrás, bailaba en los tugurios de Barrio Gray.

—¡Hola, Harry! Llegas a tiempo de tomar un buen café.

Pasaron al salón.

Peter Palmer se hallaba sentado frente a una mesa redonda. En una bandeja humeaba la cafetera, una jarra de leche y varias tostadas untadas con mantequilla y mermelada.

Palmer asió su mano derecha.

Sí.

También Peter Palmer era muy distinto al del día anterior.

—¡Siéntate, Harry! Ayer te largaste sin decir una palabra. Ni

Elizabeth ni yo nos percatamos de ello.

—No quise molestar.

Palmer rió en alegre carcajada.

—¿Has oído eso, Elizabeth? ¡Harry es un gran muchacho! ¡Mi mejor amigo! Jamás podré pagarte lo que has hecho por mí.

El agente del FBI se acomodó en uno de los sillones.

Frente a Palmer.

Le miró fijamente.

—No esperaba verte tan... feliz.

—¿Por qué no, Harry? ¡Elizabeth está conmigo! Ella es lo único que me importa. Tenemos grandes planes para el futuro. Nos casaremos en Las Vegas y luego marcharemos a...

—¿Qué planes tienes para Ralph Magreth? —interrumpió Corbell con voz carente de inflexión.

El rostro de Palmer se ensombreció.

—Ralph es un hijo de perra. Un sucio bastardo... Elizabeth ya me contó todo.

—¿Y qué has decidido?

—De buen grado le sacaría los ojos, pero cinco años en Bikelsville hacen recapacitar. No emplearé la violencia. Exigiré a Ralph la entrega de los cincuenta mil dólares.

—No te los dará, Peter.

—Ralph me tiene miedo. Espera una reacción violenta, pero cuando sepa que me conformo con el dinero no dudará en entregarlo.

—Magreth está muerto. Le asesinaron ayer noche. Casi de madrugada.

Peter Palmer enmudeció. Quedó con la boca entreabierta. Pálido como un cadáver.

También la sangre huyó del rostro de Elizabeth.

La mujer corrió hacia Palmer.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Sospecharán de ti, Peter! ¡Creerán que tú le has matado!

Palmer continuaba aturdido.

Sin articular palabra.

Harry Corbell se incorporó procediendo a encender un cigarrillo. Con lentos y pausados ademanes. Comenzó a pasear por la reducida estancia.

—Elizabeth está en lo cierto, Peter. Tú eres el sospechoso ideal. Me agradecería que presentaras una buena coartada.

—¡La tiene! —exclamó la mujer súbitamente—. Yo he estado con Peter. No nos hemos separado un solo instante.

Palmer quiso hablar, pero una severa mirada de Elizabeth pareció impedírselo. Inclino la cabeza.

—¿Nos disculpas un momento, Elizabeth? —dijo Corbell—. Quiero hablar con Peter en privado.

Por supuesto. Aprovecharé para desempacar mis cosas.

La mujer abandonó el salón.

El agente del FBI volvió a acomodarse frente a Palmer.

—¿Has trasladado su equipaje aquí?

—Sí. Esta mañana fue a recoger sus cosas del apartamento de Barrio Gray.

—¿La acompañaste?

—No.

—¿Elizabeth salió esta mañana... o más bien de madrugada?

—Puedes creer lo que quieras.

—¡No, maldita sea! —gritó Corbell—. ¡Me están apretando las clavijas, Peter! Creen que trato de favorecerte por ser mi amigo.

—¿De veras? ¿No fue idea del FBI aprovechar nuestra amistad para descubrir esa organización de espionaje?

El *G-men* ahogó un suspiro.

—Escucha, Peter... Las cosas se están complicando. La muerte de Magreth...

—Yo no le maté. Pensaba ir hoy a hablar con él, recuperar mis cincuenta mil dólares y marchar con Elizabeth a Las Vegas. ¡Al diablo el Federal Bureau of Investigaron con sus problemas! Soy un hombre libre, Harry. Ya he pagado. ¡Con creces! ¡Cinco años por un delito no cometido!

—No puedes marcharte, Peter.

—¿Por qué no?

—Eres sospechoso de asesinato. Se está investigando la muerte de Ralph Magreth. También se comprobará tu coartada. Creo que Elizabeth miente para protegerte. No permaneció contigo todo el tiempo.

—Comprendo. Soy el sospechoso ideal. ¡Para qué seguir buscando!

—Te equivocas. Daremos con el asesino. Todo esto nos aparta de la cuestión principal.

¿Se han puesto en contacto contigo?

—No. ¿Y sabes lo que eso significa, Harry? ¡Que la organización ya tiene los microfilms!

—Aún es pronto para sacar conclusiones. Tienes el número de mi apartamento y el teléfono de mi auto. De surgir novedades me avisas de inmediato. Yo voy ahora al apartamento de Magreth. Tal vez se haya descubierto algo de interés.

—¿No estoy detenido?

—No, Peter, pero te aconsejo no abandonar San Francisco. Debes tener un poco de paciencia. Todo saldrá bien y podrás marchar con Elizabeth.

Palmer no hizo ningún comentario.

La expresión de su rostro fue harto significativa para el agente del FBI.

Peter Palmer ya no creía ni esperaba nada.

Resignado a cualquier suerte.

Sí.

Era un hombre acabado.

CAPÍTULO IX

Shelley había retomado a su apellido de soltera. Lo decidió apenas descubrirse las turbias actividades de su marido. Donal Stevenson, alta personalidad de la Atomic Energy Commission, acusado de traición y espionaje.

El apellido Stevenson ya no era muy honroso. Ni tan siquiera se lavó con la muerte de Donald Stevenson. Contra todo pronóstico, Shelley no sufrió consecuencias desagradables. Ni tan siquiera pasó dificultades económicas pese a quedar sin un centavo. Tan sólo cambió de *bungalow* para evitar los comentarios de los vecinos.

Habían transcurrido cinco años desde la muerte de su marido. El caso Stevenson ya estaba olvidado.

Shelley era una viuda muy feliz.

Frecuentaba el hipódromo de Golden Gate Fields para lucir elegantes vestidos, almorzaba en Ghirardelli Square, se divertía en los lujosos *night-clubs* de North Beach...

El FBI, en los primeros años de viudez, se interesó por la misteriosa fuente de ingresos que manaba sobre Shelley. No se descubrió nada ilegal. Shelley ganó unos miles de dólares en un casino de Las Vegas y fueron invertidos en la Bolsa. En unas fabulosas acciones que proporcionaron a la viuda grandes beneficios. Una jugada digna del mejor experto de Wall Street.

Shelley se consideraba una mujer feliz.

Tenía todo cuanto podía desear.

Y también poseía una conciencia muy amplia. Ella había colaborado con su difunto marido en actividades de espionaje. Y fue su testimonio el que envió a Peter Palmer a la prisión de Bikelsville.

Sí.

Ella afirmó ver a Palmer en el jardín del *bungalow*. Entregando un pequeño paquete a un desconocido.

Mintió.

Pero Shelley no sentía remordimiento alguno.

El reloj de oro que adornaba la mesita de noche señalaba las catorce horas. Tiempo de levantarse.

Shelley bostezo voluptuosamente.

Se incorporó del lecho, acudiendo al cuarto de baño. La *negligé*, su única prenda, cayó sobre la alfombra.

Mientras los dorados grifos vertían agua en la bañera, la mujer se contempló en el juego de espejos. Con femenina coquetería.

Treinta y dos años.

Pero Shelley se consideraba joven.

Las incipientes arrugas de su rostro eran fácilmente simuladas con los cosméticos. Su cuerpo, sí era perfecto. Senos opulentos y erguidos. Estrecha cintura. Ampulosas caderas en juego con los largos y bronceados muslos.

Shelley, tras otorgarse un sobresaliente, se introdujo en la repleta bañera. Las sales empezaban a formar nubes de perfumada espuma.

Se reclinó sobre el mármol.

Cerró los ojos.

Disfrutando del placentero baño.

Pero aquella calma fue súbitamente turbada por una ensordecedora música.

Shelley dio un respingo.

La estridente música procedía del dormitorio. La reconoció. Ayer mismo le habían regalado el *long-play*. El último álbum de Presley. Y la placa giraba ahora en el tocadiscos instalado en su dormitorio. A todo volumen.

Shelley lo tenía desconectado.

Estaba segura.

No podía funcionar solo.

Alguien estaba en la habitación.

Todos aquellos pensamientos pasaron fugazmente por la mente de Shelley, pero no con la suficiente rapidez como para hacerla reaccionar.

La entreabierta puerta del cuarto de baño comenzó a girar.

Impulsada por una enguantada mano, Shelley gritó.

Desesperadamente.

Sus gritos quedaron eclipsados por la estridente música.

Trató de incorporarse.

De huir.

Pero aquella bañera de limpia y perfumada agua iba a ser su ataúd.

—No..., por piedad... ¡No...!

Shelley cesó de gritar.

Las enguantadas manos habían atenazado su cabeza impulsándola hacia el fondo.

Sujetándola contra el fondo de la bañera.

Unas burbujas empezaron a subir a la superficie.

Aquello hizo reír al asesino.

Shelley braceaba desesperadamente. Agitando brazos y piernas. Pronto quedó inmóvil. Sólo continuó la diabólica carcajada del asesino.

CAPÍTULO X

Peter Palmer y Elizabeth abandonaron el *night-club*.

El taxi, aún sin ser solicitado, se detuvo a poca distancia de la pareja.

Palmer abrió la portezuela permitiendo el paso de su acompañante. Se acomodaron en el interior del vehículo.

—Al 1807 de Badel Street.

—Muy bien, señor.

Elizabeth se reclinó en el asiento trasero aceptando de buen grado el que Palmer rodeara sus hombros. Se apretó contra él. Sonriendo feliz.

—Ha sido un día maravilloso, Peter...

—En efecto. Y apuesto a que Harry nos estará esperando en el apartamento. Le hemos dado esquinazo todo el día. Pobre Harry... Investigando el asesinato de Magreth y nosotros en plena diversión por North Beach.

—Debemos resarcirnos de estos cinco años, Peter.

Palmer besó a la mujer en los labios.

—Sí..., tienes razón...

Quedaron en silencio.

Entrelazados.

Fue Peter Palmer el primero en percatarse de que algo extraño sucedía. El cristal de separación con la cabina del conductor había sido cerrado. Y el vehículo no circulaba en dirección a Badel Street. Todo lo contrario. Se alejaba del destino indicado. Palmer golpeó con los nudillos el cristal.

Tratando de llamar la atención del taxista.

—¿Qué ocurre, Peter?

—Aún no lo sé, Elizabeth...

La mujer desvió la mirada hacia una de las ventanillas.

También ella se percató ahora de la dirección tomada por el

auto.

—No vamos hacia Badel Street...

Palmer accionó el picaporte de la portezuela.

No cedió.

El mando para hacer bajar el cristal tampoco funcionaba.

Peter Palmer comenzó a golpear furiosamente los cristales.

—¡Maldita sea...! ¡Estamos atrapados...!

El conductor del auto parecía ajeno a la ira de sus pasajeros. Continuó impassible el recorrido.

El vehículo se había alejado de North Beach. En dirección a la bahía. Se adentró por estrechas y empinadas calles donde la oscuridad de la noche se acentuaba por la neblina procedente de The Embarcadero. La luminosidad en aquella zona era deficiente.

El taxi se detuvo frente a una casa de una sola planta. Contigua a un barracón destinado a almacén de maquinaria agrícola. Al menos así lo indicaba el cartel colocado a la entrada.

El conductor hizo sonar el claxon.

Tres veces consecutivas.

La descomunal puerta del barracón se abatió.

El vehículo penetró lentamente en el amplio hangar.

Dos individuos volvieron a cerrar la puerta para, acto seguido, aproximarse al auto.

Uno de los hombres, portador de una «Magnum» en su diestra, se situó frente a la portezuela trasera. En espera que el conductor accionara uno de los mandos del salpicadero.

El cierre quedó libre.

—¡Abajo! —gritó el de la «Magnum», abriendo la portezuela.

Palmer y Elizabeth descendieron del auto.

—¿Qué significa esto?

Demasiado lo sabes, Palmer. ¿Acaso no esperabas nuestra visita?

—¿Quiénes sois?

—Nosotros somos los que hacemos las preguntas. ¡En marcha!
—ordenó el individuo empujando a Palmer y Elizabeth hacia el fondo del hangar—. El jefe estará muy contento de verte, Palmer. Ha esperado este momento durante cinco años.

Una caseta se alzaba al final del barracón.

El hombre de la «Magnum» se adelantó abriendo la puerta. Se hizo a un lado permitiendo el paso de los prisioneros. Seguidos del

segundo individuo.

La puerta volvió a cerrarse.

El interior de la estancia era reducido. Una mesa escritorio, unas sillas, un fichero y un destartado camastro. Aquella caseta era, sin duda, destinada al guardián del hangar.

Un hombre se hallaba acomodado tras la mesa.

Un individuo de unos cincuenta años de edad. Ojos semiocultos por gruesos cristales de miope. La montura de las gafas era de oro. Su traje de excelente corte y refinado gusto.

—Buenas noches, señorita... Hola, Palmer.

—¿Quién es usted?

—¿No lo sabes, Palmer? Mi nombre es Trevor Duvall. Creí que habías tenido tiempo de estudiar mi filiación. Todos mis datos, incluida una fotografía, están en esos microfilms que sacaste de la caja fuerte del difunto Stevenson. Soy el más insignificante del grupo. De ahí que me hayan designado para dar la cara y llegar a un acuerdo contigo. ¿Cuánto quieres por los microfilms?

Elizabeth se encontraba aferrada al brazo derecho de Palmer. Apretada contra él. Con marcada palidez en sus facciones.

Peter Palmer tragó saliva.

Aquéel era el momento esperado, pero no había contado con involucrar a Elizabeth. Le preocupaba la presencia de la mujer.

—No tengo esos microfilms, Duvall. Me acusaron injustamente. Yo no robé la caja fuerte de Stevenson. Todo fue una encerrona. Me designaron como hombre de paja.

Trevor Duvall sonrió.

—Lo sabemos, Palmer. Sospechamos de inmediato la jugada de Stevenson. Quiso traicionar a la organización. Reunió un comprometedor *dossier* con datos, actividades, fechas, fotografías y demás información capaz de destruir nuestra organización.

Stevenson simuló ese robo en su *bungalow*. Te citó allí para saldar cierta deuda, ¿no es cierto, Palmer?

—Así fue.

—Pero Stevenson ya había levantado el vuelo. Tenía tras sus talones al FBI. Tal vez fue eso lo que le impulsó a traicionarnos. Su idea era vender el *dossier* al mejor postor y luego largarse a México. No le dimos tiempo. Fue en Manhattan. Allí le cazamos. Pobre Donald... De poco le sirvió suplicar. La organización no perdona a

los traidores.

Palmer parpadeó repetidamente.

Aquella declaración de Duvall le libraba de toda culpa.

—Si yo no robé en el *bungalow* de Stevenson..., ¿por qué me ha hecho venir aquí?

—No te hagas el idiota, Palmer. Tú tienes los microfilms.

—No comprendo..., acaba de decir que no robé la caja fuerte de Stevenson.

Trevor Duvall se despojó de las gafas. Sus diminutos ojos quedaron casi ocultos por los caídos párpados. Procedió a limpiar los cristales con un pañuelo.

—Donald Stevenson actuaba con un cómplice. Alguien relacionado con el Seis Tréboles. Juntos planearon involucrarte. Tú serías el culpable. El FBI caería sobre ti olvidando momentáneamente a Stevenson. La organización no picó el anzuelo. Ya te he dicho que cazamos a Stevenson. Le obligamos a confesar. Su compañero, siguiendo el plan trazado, dejaría unos dólares marcados en tu apartamento. Eso te culparía aún más ante el FBI. El cómplice de Stevenson cometió un lamentable error. En tu apartamento dejó unos documentos de nulo valor, unos miles de dólares y siete fichas rojas del Seis Tréboles.

Todo ello perteneciente a Stevenson. Ignoraba que en esas fichas iban los microfilms.

—Esas fichas no fueron encontradas por el FBI al registrar mi apartamento.

Trevor Duvall asintió acoplando las gafas.

—Correcto, Palmer. Eso significa que las tienes tú.

—¿Yo? ¿Por qué no el cómplice de Stevenson?

—Ya hemos investigado eso, amigo Palmer. Dimos coa el compañero de Stevenson. Resultó ser David Huston. Otro traidor. Huston, *croupier* del Seis Tréboles, también fue descubierto por el FBI. Se unió a Stevenson para someter a chantaje a la organización. Huston fue liquidado. Y juró haber dejado las siete fichas en tu apartamento. Fue un mal entendido con su compañero Stevenson. Desconfiaban el uno del otro. Un lamentable error...

—Yo fui detenido por el FBI en el *bungalow* de Stevenson. No se me permitió acudir a mi apartamento. ¿Cómo diablos iba a apoderarme de las fichas?

—Shelley Stevenson vio dos sombras en el jardín. No las reconoció, pero es fácil deducir que eras tú y otra persona. ¿Quién?

—¡Shelley mintió!

—Trabajaba para la organización, Palmer.

—¡Otra traidora!

—Todo lo contrario. La propia Shelley nos puso en antecedentes del proyecto de su marido. Gracias a ella se pudo liquidar a Stevenson. Y ya basta de palabras, Palmer.

Quiero esas fichas.

—No las tengo. ¡Jamás han estado en mi poder!

—¿De veras? Tenemos métodos para hacerte hablar. Los mismos que utilizamos con Stevenson y Houston.

Se escuchó el rugir de un motor.

Por un momento, Palmer creyó en la oportuna llegada de Harry Corbell; pero fue el propio Duvall quien echó por tierra sus esperanzas.

—Es Baker. Se larga a abandonar el taxi robado lejos de aquí. Este barracón lleva varios meses deshabitados Palmer. Nadie nos molestará. La chica es tu prometida, ¿verdad?

Ignoraba ese detalle. ¿Qué sabes tú del asunto, muñeca?

—¡Ella no sabe nada! ¡Nada! ¡Dejarla marchar o...!

Peter Palmer se había adelantado unos pasos.

Hacia el sonriente Duvall.

La acción del individuo de la «Magnum» fue rápida. Alargó el brazo derecho. El cañón del arma golpeó a Palmer tras la oreja. Sin contundencia, pero suficiente para hacerle caer de rodillas.

Duvall amplió la sonrisa.

—Bien hecho, Glover. Creo que Palmer empezará ahora a tomarnos en consideración. Esto no es un juego de ruleta, dados o cualquier otro del Seis Tréboles. Aquí no tienes ninguna posibilidad de ganar. A no ser que entregues las fichas. ¿Qué respondes, Palmer?

Peter Palmer, semiaturdido por el golpe, alzó la mirada.

Escupió en dirección a los relucientes zapatos de Trevor Duvall.

—Una respuesta poco inteligente, Palmer... Me obligas a utilizar métodos desagradables. Quiero presentarte a Guy Maxwell. Acércate, Guy...

Guy Maxwell era el otro individuo que, en silencio, permanecía

junto a la puerta. Un hombre desmesuradamente alto. De rostro alargado donde contrastaban unos salientes pómulos. Sus ojos poseían un extraño brillo, una demoníaca mirada...

Avanzó torpemente hacia la mesa escritorio.

Trevor Duvall se había incorporado de la silla.

—Con el bueno de Guy se cometió una injusticia. Terminada la Segunda Guerra Mundial regresó como un héroe a su soñado hogar de Kansas, pero su amada esposa no le esperaba con los brazos abiertos. Los tenía ocupados con un fulano de Bienes Raíces. Guy los descuartizó. A ambos. Con una sierra eléctrica. Distribuyó los despedazados cadáveres por toda la casa. El abogado defensor consiguió que Guy fuera recluido en un centro psiquiátrico. Guy no estaba loco, pero aquella sentencia era lo mejor para él. Doce años. Doce años en un manicomio. Fue dado de alta. Recuperado para la sociedad. Y Guy Maxwell salió de allí rematadamente loco.

—No diga eso, señor Duvall... no..., no estoy loco...

Trevor Duvall sonrió palmeando la espalda del individuo.

—Por supuesto, Guy... Era una broma. ¿Te gusta la chica? Bonita, ¿eh?

El rostro de Maxwell se transfiguró desencajando sus facciones. El demente brillo de sus ojos se acentuó.

—Sí..., es muy bonita...

—*Okay*, Guy. Adelante. Es tuya.

—¡Malditos hijos de perra! —gritó Palmer incorporándose velozmente—. ¡Juro que...! No fue necesaria la intervención de Glover.

Actuó el propio Duvall.

Propinando un salvaje puntapié al bajo vientre de Palmer. Éste quedó doblado. Boqueando falto de respiración.

—Tú eres el culpable de lo que pueda ocurrirle a la chica, Palmer. Y no será nada bueno. Conozco a Guy. Lleva a mis órdenes varios años. Cualquier mujer le recuerda a su amada esposa. Y termina liquidándola, ¿verdad, Guy?

Maxwell no replicó.

Incluso parecía no haber oído las palabras de Duvall. Se había aproximado a Elizabeth que, tras retroceder mortalmente pálida, quedó sitiada en uno de los rincones de la estancia.

Inmóvil.

Con una mueca de terror alterando sus bellas facciones.

Una vez más, Palmer trató de acudir en su auxilio. Y nuevamente fue derribado. Glover le puso la zancadilla mientras que Trevor Duvall le aplicó un patadón en el estómago.

Los dos hombres rieron divertidos.

Guy Maxwell había atenazado a Elizabeth por los hombros. Sus grandes manos descendieron recorriendo lentamente el rígido cuerpo de la mujer. Subieron para quedar engarfiadas en torno al frágil cuello de Elizabeth.

Sonó la voz de Palmer.

Ronca.

—Ya basta, malditos... Os entregaré las fichas...

—¡Quieto, Guy! —ordenó Duvall—. Déjala... ¿No me has oído? ¡Suéltala!

Tuvo que zarandear a Maxwell. Éste parpadeó sacudiendo la cabeza. Como si quisiera despertar de un profundo sueño.

—Espera junto a la puerta.

—Yo... yo...

—Obedece, Guy.

El individuo retornó junto a la puerta.

—Es un buen muchacho —comentó Duvall con irónica sonrisa—. Fiel como un perro.

¿Tienes las fichas, Palmer?

—Sí...

—*Okay*. Glover te acompañará a recogerlas.

Peter Palmer se incorporó.

Vacilante.

Presionando con ambas manos su costado izquierdo.

—Eso no sería prudente.

—¿Por qué no?

—El FBI controla mis movimientos —murmuró Palmer—. Están al acecho. Esperando que entre en contacto con vosotros.

—Ya sabemos que el FBI está por medio. Y parece que guardas muy buenas relaciones con uno de sus agentes.

—Mis simpatías no están con el FBI. Lo demuestra el no haberles entregado las fichas. Esperaba vender al mejor postor.

—Nosotros te ofrecemos por ellas lo más valioso, Palmer. La vida. Estoy de acuerdo. Lo prudente es que vayas solo. Procura

burlar la vigilancia de ese agente y regresar cuanto antes. Si intentas engañarnos, lo pagará la chica. Dejaré que Guy se encargue de ella.

Palmer palideció.

—Ella debe venir conmigo.

—No seas iluso. Tu chica será nuestra mejor garantía.

Si se presenta el FBI por aquí, ella será la primera en morir.

—Dejarla marchar. Ahora. Y os diré donde encontrar las siete fichas.

Trevor Duvall chasqueó la lengua.

—No. Tú nos entregarás las fichas y, hasta que regreses, ella permanecerá aquí.

—Sólo quiero que...

—¡Maldita sea! ¡No estás en condiciones de exigir! —vociferó Duvall amenazador—. ¡Lárgate! Tienes dos horas de plazo. Si en ese tiempo no has vuelto con los microfilms, tu chica será entregada a Guy. Y te garantizo que su muerte no será nada agradable, Palmer. Recuérдалo. Dos horas. Ni un segundo más.

CAPÍTULO XI

Peter Palmer llegó jadeante.

Con un frío sudor bañando su cuerpo.

Sus torpes manos, con visible temblor, se apoderaron del diminuto llavero, abriendo la puerta del apartamento.

No fue necesario encender la luz del *living*.

La iluminación procedente del salón era suficiente.

Palmer se precipitó hacia allí.

Como una exhalación.

Harry Corbell se hallaba acomodado en el largo sofá. En sus manos un ejemplar del *Play-boy*. Sobre la mesa un vaso de *whisky*.

—¡Maldito seas, Harry! Llé telefonado a tu apartamento, al número de tu auto...

—También yo he tratado de localizarte, Peter —replicó el *G-men* con indiferencia. Impasible al nerviosismo de Palmer—. Hay novedades.

Palmer se adelantó en dos zancadas. Arrebató con violencia el *Play-boy* de las manos de Corbell.

—¿Novedades? ¡Yo sí las tengo! ¡Elizabeth está con ellos! ¡La tienen como rehén y acabarán con ella si no les entrego los microfilms! Me han dado dos horas de plazo. ¡Y ya he perdido cuarenta minutos tratando de localizarte!

—Llevo en tu apartamento largo tiempo, Peter. Esperando. Te largaste con Elizabeth sin antes comunicarme el lugar adonde...

—¡Eso ya no importa! ¿No me has oído, Harry? ¡Elizabeth quedó con ellos!

—Estoy esperando, a que te tranquilices, Peter.

Palmer se dejó caer en uno de los sillones ocultando el rostro entre sus manos.

Comenzó a hablar.

Entrecortadamente.

—Un individuo, en un taxi robado, nos llevó a un barracón de la Lenz Avenue. Allí nos esperaban tres individuos más. Uno de ellos, dijo llamarse Trevor Duvall, se interesó por los microfilms. Me habló de que Donald Stevenson y David Huston traicionaron a la organización simulando un robo en el que yo aparecería como culpable. Los doscientos mil dólares de la caja fuerte de Stevenson pertenecían a la organización. Por un mal entendido entre Stevenson y Huston, las fichas quedaron en mi apartamento.

—El FBI no las encontró, Peter.

—¡Ya lo sé, maldita sea! Amenazaron a Elizabeth... Un individuo, un tarado que responde al nombre de Guy Maxwell, se aproximó a ella y... ¡tenemos que hacer algo, Harry! ¡Elizabeth corre peligro! Prometí llevar los microfilms antes de dos horas.

¡Transcurrido ese tiempo la matarán!

—¿Dónde está situado el barracón?

—En la Lenz Avenue. El número 1007, esquina a Ridall Road. Un hangar deshabitado y que, anteriormente fue depósito de maquinaria agrícola.

Corbell alargó su mano derecha con intención de atrapar el teléfono.

Peter Palmer le cortó el ademán.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a comunicar con el Departamento, Peter. Actuaremos con prudencia. El barracón será cercado. Yo seré el único en entrar. Cuando Elizabeth esté a salvo, daré aviso a mis compañeros.

—¡No lo conseguirás! Si te descubren, o sospechan algo anormal, Elizabeth será la primera en pagar las consecuencias. Me lo advirtieron, Harry. Estarán alerta. Saben que estoy en contacto con el FBI y... No... ¡No consentiré que peligre la vida de Elizabeth! ¡Maldita sea...! ¡Jamás debí acceder a tu petición!

—Hubiera ocurrido igualmente. Creen que tienes las fichas. Y te han sentenciado, Peter. ¿No lo comprendes? Aun entregando los microfilms no te dejarán marchar con vida. Ese tal Trevor Duvall se ha descubierto ante ti. Te has convertido en un peligroso testigo. Tú y Elizabeth.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró Palmer casi sin voz.

—Déjame actuar a mí. Todo saldrá bien.

—Elizabeth y yo habíamos hecho muchos planes para el futuro... Íbamos a recuperar estos cinco años de sufrimientos. Incluso podía volver a dirigir el Seis Tréboles. Elizabeth habló de poner el caso en manos de un buen abogado. Ralph Magreth no me dio contrato alguno por mi cesión ni consta la entrega de los cincuenta mil dólares. Aunque supongo que reclamar mis derechos sobre el Seis Tréboles aumentará las sospechas de que yo maté a Magreth.

Harry Corbell, ya con el auricular en su diestra, esbozó una enigmática sonrisa.

—Lo dudo. El FBI ya no sabe a qué carta quedarse en este diabólico y sangriento juego. Ya no es Ralph Magreth el único muerto.

—¿Qué quieres decir?

—Shelley Stevenson. La asesinaron en la bañera de su apartamento. Se llevaron todo cuanto había de valor en la casa. Al igual que ocurrió en el apartamento de Ralph Magreth. El asesino vació la caja fuerte. Sin necesidad de forzarla. Conocía la combinación o era un auténtico profesional.

—¿Se ha descubierto algo?

—¡Oh, no...! Ya te he dicho que el FBI está desconcertado. No me importa reconocerlo... Ninguna pieza encaja en este maldito rompecabezas.

—Puede que busquen las fichas en los apartamentos de Ralph y Shelley.

—¿Por qué ahora? Han tenido cinco años para hacerlo. No..., esos asesinatos son ajenos a la organización de espionaje.

El agente del FBI no pronunció ninguna otra palabra.

Su dedo índice recorrió el dial. Aún no había concluido el número deseado, cuando sonó el llamador de la puerta.

El *G-men* y Palmer intercambiaron una rápida mirada.

—¿Esperas visita, Peter?

—Puede que sean ellos..., tal vez, me siguieron para...

Harry Corbell llevó su diestra a la funda sobaquera para apoderarse de su «Colt» Woodsman.

Hizo una seña a su amigo.

—Vamos a salir de dudas. Yo quedaré tras la puerta, Peter. Procura controlar tus nervios.

Palmer asintió con repetido movimiento de cabeza.

Acudió al *living*.

Abrió la puerta para, estupefacto, enfrentarse con Elizabeth.

La mujer, próxima a un desvanecimiento, permanecía apoyada en la pared. Temblando convulsiva. Con el cabello desordenado y la manga del vestido desgarrada.

—Peter...

Fue su única palabra.

Hubiera caído al suelo de no ser sostenida por los brazos de Palmer.

CAPÍTULO XII

Elizabeth aceptó la copa de *brandy* con vacilante mano. Bebió a pequeños sorbos.

También sus carnosos labios balbucearon trémulos. El terror seguía latente en sus ojos.

—Fue..., fue algo horrible...

Palmer, acomodado en el sofá junto a la mujer, acarició con suavidad sus cabellos.

Sonrió animosamente.

—Ahora estás aquí, Elizabeth. A salvo. Tranquilízate.

Harry Corbell permanecía apoyado en uno de los muebles del salón. Con un cigarrillo humeando en los labios. Esperando impaciente la narración de Elizabeth. Ésta comprendió los deseos del agente del FBI.

Fijó su atemorizada mirada en Palmer.

—Apenas marcharte, el llamado Duvall también abandonó el barracón en compañía de uno de sus hombres. Me dejaron encerrada en la caseta. Custodiando la puerta quedó ese..., ese monstruo...

—¿Te refieres a Guy Maxwell?

—Sí... Está loco... A los pocos minutos de marchar sus compañeros, penetró en la caseta. Comenzó a hablar como si yo fuera su mujer. La esposa que asesinó hace años. Me abofeteó acusándome de infidelidad... junto a los insultos mezclaba palabras de amor... Tan pronto maldecía cómo empezaba a sollozar... Yo, aunque presa del terror, comprendí que no sería difícil engañarle. Le supliqué perdón por mi... infidelidad. Maxwell quiso celebrar nuestra reconciliación con una botella de *whisky*. Estaba de espaldas a mí.

Yo... yo le rompí la botella en la cabeza. Cayó de bruces... Salí de allí presa del pánico...

Empecé a correr..., correr...

Palmer rodeó con el brazo derecho los hombros femeninos.

—Ya todo ha pasado, Elizabeth...

—Y todo se ha ido al diablo —concluyó Corbell aplastando el cigarrillo a medio consumir.

Palmer arqueó las cejas.

—¿Por qué dices eso?

—Ese tal Maxwell, por muy loco que esté, ya se habrá comunicado con sus compañeros. No encontraremos a nadie en el barracón. Estamos como al principio.

—Te equivocas, Harry. Hace unos minutos temía por la vida de Elizabeth. Ahora está aquí. A salvo. Aunque sospecho que tú hubieras preferido cazar a esos individuos sin importarte lo demás.

—No digas tonterías, Peter. Voy a comunicar lo ocurrido al Departamento. Puede que encontremos algo de interés en el barracón y los nombres de Trevor Duvall y Guy Maxwell no resulten falsos. Permanecer en el apartamento. Sin salir bajo ningún concepto. Solicitaré varios agentes para vuestra protección.

—No es necesario que te molestes, Harry.

Los dos hombres se miraron fijamente.

El *G-men* terminó por esbozar una sonrisa.

—No es molestia.

—Harry...

—¿Sí?

—No pienso continuar colaborando con el FBI. ¡Al diablo con esas malditas fichas y con la organización de espionaje! Elizabeth y yo, tal como habíamos planeado, nos marcharemos a Nevada. Si existe alguna acusación contra mí, redactarla oficialmente.

Elizabeth intervino.

Nerviosamente:

—Esos hombres... Trevor Duvall dijo que no dudaría en matarme si no le entregabas las fichas. Comentó que yo sería la tercera víctima..., que la organización ya había eliminado a Ralph Magreth y Shelley Stevenson...

El rostro de Corbell continuó impasible. Sólo sus ojos se entornaron para ocultar un fugaz brillo.

—¿Mencionó los motivos?

Elizabeth denegó con un movimiento de cabeza.

El agente del FBI se alejó hacia el *living*. Peter Palmer se incorporó para acompañarle hasta la puerta de salida.

No cruzaron palabra alguna.

Palmer retornó al salón después de que el *G-men* hubiera abandonado el apartamento.

—Me temo que mi amistad con Harry se está desmoronando...

—Todos estamos alterados, Peter —musitó Elizabeth—. Han sido horas de pesadilla.

Palmer abarcó la cintura femenina.

Sonrió.

—Afortunadamente lograste escapar. Creo que sería prudente marcharnos de San Francisco. Esos individuos están convencidos de que tengo las fichas y no nos dejarían en paz. Debemos cambiar de planes y olvidar la idea de recuperar el Seis Tréboles. Ya hemos conseguido suficiente dinero de Ralph Magreth y Shelley Stevenson.

Elizabeth le echó los brazos al cuello.

Sus entreabiertos labios se ofrecieron a Palmer.

—Ha sido una buena idea acusar a esa misteriosa organización de los asesinatos de Magreth y Shelley, ¿verdad, querido?

—En efecto... Eres endiabladamente inteligente, Elizabeth; aunque jamás hubieran llegado a acusarnos. El propio Harry me confesó que están desconcertados. Y si sospechan, nunca encontrarán pruebas que demuestren que fuimos nosotros los que acabamos con Ralph y Shelley.

—Era nuestra venganza, Peter...

Palmer había unido sus labios a los de la mujer. Apasionadamente. Elizabeth le separó con suavidad.

—Voy a darme una ducha y cambiar de vestido..., tengo la ropa pegada al cuerpo. ¿Por qué no me preparas un manhattan? Estaré contigo en unos minutos.

—De acuerdo.

Elizabeth abandonó el salón para encaminarse a una de las habitaciones del corredor. Penetró en la estancia accionando el interruptor de la luz. Sobre el lecho se veía una voluminosa valija. La ropa se amontonaba desordenadamente en las sillas y sobre los cabecales de la cama. Un llamativo neceser en la mesa de noche.

Elizabeth volvió a accionar el interruptor.

Por tres veces consecutivas.

La luz de la habitación parpadeó para luego quedar fija.

Elizabeth se apoderó del neceser. Contenía objetos personales. Los más íntimos. Extrajo un rectangular estuche de piel. Era un joyero dividido en varios compartimentos. Ninguna de las joyas allí guardadas tenía valor. Todo era bisutería.

Pero sí había algo de gran importancia.

Elizabeth sonrió al coger la diminuta bolsa de negro terciopelo. Hizo correr el cierre vaciando, el contenido.

Sobre el lecho cayeron siete fichas.

Siete fichas rojas.

Fue entonces cuando sonaron aquellos discretos golpes en el cristal de la ventana.

Elizabeth giró la cabeza sobresaltada, pero pronto la sonrisa volvió a sus labios.

Acudió al ventanal dejando libre la hoja de protección.

Trevor Duvall, que permanecía en la escalera de incendios, pudo así penetrar tranquilamente en el apartamento.

Elizabeth sonrió.

—¿Y bien?

Trevor Duvall asintió con lentos y repetidos movimientos de cabeza. Sus manos sostenían las siete fichas rojas. Una de ellas había sido abierta forzando una invisible ranura. En su interior un microfilm.

—Sí, nena... Jamás lo hubiera creído. Tu historia era fantástica. En el fondo tiene gracia. Toda una poderosa organización de espionaje temblando por estas fichas... y han permanecido criando polvo durante cinco años.

—A mí no me resulta gracioso. En estos cinco últimos años he pasado verdaderas calamidades. Deambulando como una mujerzuela por los tugurios de Barrio Gray. ¡Y tenía en mi poder algo de incalculable valor! Cuando comentaste en el barracón que los microfilms estaban camuflados en siete fichas de juego del Seis Tréboles, me sentí desvanecer. Al marchar Palmer te conté la historia.

Duvall rió divertido.

—Difícil de creer. Temí que todo fuera un truco por salvar el pellejo.

—No ha sido así. Ahí tienes las fichas. Ahora quiero los

trescientos mil dólares prometidos. Ése fue el trato, ¿no?

—Sí, nena. Una bonita cantidad, pero los datos aquí encerrados son pura dinamita. Cualquiera de los hombres que constan en estos microfilms estaría dispuesto a dar su fortuna por tan peligrosas pruebas... Sí, infiernos. Esto es dinamita. Supongo que no habrás echado un vistazo a los microfilms.

—Sólo me interesa el dinero. Hasta hace poco desconocía el verdadero valor de esas fichas. ¿Quieres saber algo divertido? Al poco tiempo de que Palmer fuera a prisión, cuando empezaron para mí las dificultades económicas, intenté jugar estas fichas en la ruleta del Seis Tréboles; pero ya no estaban en vigor. Todos los tipos de fichas habían sido suplidos por otras.

—Bien, nena. Ahora voy a...

Súbitamente se abrió la puerta de la habitación para dar paso a Peter Palmer. Portaba en sus manos dos vasos.

Quedó inmóvil bajo el umbral.

Paralizado por la sorpresa.

Dirigiendo alternativas miradas a Elizabeth y Duvall. Este último había sacado un revólver del treinta y ocho. Con pasmosa rapidez.

—Adelante, Palmer —rió Trevor Duvall encañonándole—. No seas tímido. Estás en tu casa.

Palmer avanzó vacilante.

Contempló en la zurda de Duvall las siete fichas rojas.

—No..., no comprendo...

—¡Seguro! Elizabeth te lo explicará todo. ¿Ya era tu prometida hace cinco años, Palmer? Pobre diablo... Jamás se debe confiar en las mujeres, compañero.

—¡Cállate, Trevor! —exclamó Elizabeth.

—¿Por qué? ¿No piensas contarle la historia a Palmer? Yo lo haré. Es muy interesante. Donald Stevenson y David Huston eran dos hombres que trabajaban para una poderosa organización de espionaje. Dos individuos ambiciosos. Y ambos, por errores propios, próximos a ser capturados por el FBI. Ellos lo saben y deciden actuar. Se apoderan de doscientos mil dólares pertenecientes a la organización y confeccionan un *dossier*. Stevenson es el encargado de ello. Nombres, actividades, cargos, fotografías, servicios prestados... Unos microfilms con todos los datos de la organización. Stevenson y Huston, una vez fuera del país, pensaban someter a

chantaje a sus viejos compañeros. La organización sospecha y también decide actuar. Stevenson es localizado en Nueva York. Antes de morir confiesa todo. David Huston tiene los microfilms. Están camuflados en siete fichas de juego del Seis Tréboles. También conseguimos dar caza a Huston. Este niega poseer los microfilms. Al hablarle de unas fichas, responde que fueron depositadas en el apartamento de Peter Palmer. Te habían involucrado a ti para despistar al FBI y a la organización y darles tiempo a salir del país. Dado que Stevenson y Huston desconfiaban mutuamente, las fichas se perdieron.

—¿Por qué me designaron a mí?

Duvall sonrió.

—¿Aún no lo comprendes, Palmer? Tu amada Elizabeth te eligió como hombre de paja. David Huston y ella pensaban largarse juntos. Eran muy... amigos. Elizabeth, siguiendo el plan trazado, acudió al *bungalow* de Stevenson. Huston ya había simulado el robo. Le entregó documentos sin valor pertenecientes a Stevenson, algún dinero... y siete fichas rojas de cuya importancia desconocía Huston. Se lo entregó todo en el jardín. Mientras tú esperabas en el despacho. Ajeno a todo. Elizabeth dejó todo eso en tu apartamento. Allí sería encontrado por el FBI y ello te llevaría a prisión.

—Las siete fichas...

Duvall no le dejó seguir.

Le interrumpió con burlona carcajada.

—Ya te he dicho que el estúpido de Huston no sospechó el valor de esas fichas que, más tarde, pensaba retirar el propio Stevenson. Y a la bella Elizabeth se le ocurrió quedárselas como recuerdo. En tu apartamento dejó únicamente los documentos y el dinero. Le fue fácil entrar. Sin necesidad de forzar la puerta, puesto que poseía un duplicado. Era tu prometida, ¿verdad, Palmer?

Peter Palmer asintió.

Con amarga mueca.

—Todo eso ocurrió hace cinco años, Peter —murmuró Elizabeth—. Ahora..., ahora es diferente.

—¿De veras? He pasado cinco años en la prisión de Bikelsville. Con tu declaración me hubiera librado de toda culpa, Elizabeth. Ahora has vuelto a actuar a mi espalda. Has pactado con Duvall. Tu libertad a cambio de las fichas.

—¡Me entregará trescientos mil dólares, Peter! Nos iremos juntos. Tal como habíamos proyectado. ¡Pero inmensamente ricos!

—Te creía más lista, Elizabeth. Duvall no nos dejará con vida. Hay que eliminar todos los testigos.

Elizabeth agrandó los ojos.

Fijó su mirada en Trevor Duvall.

—No..., no es cierto... He entregado las fichas...

—Correcto, nena —rió Duvall curvando el dedo índice sobre el gatillo del revólver—. Y ahora vas a recibir tu paga. Una buena dosis de plomo.

La puerta de la habitación había quedado abierta.

Allí se recortó, de súbito, la silueta de Harry Corbell. Sosteniendo con firmeza su «Colt» Woodsman.

—¡Quieto, Duvall!

«Disparad y luego contad hasta diez».

La frase, atribuida al difunto Hoover en los duros años del gangsterismo, no fue seguida por Corbell.

De ahí que Trevor Duvall pudiera apretar el gatillo.

El agente del FBI se arrojó al suelo. Percibiendo el siniestro silbar del proyectil sobre su cabeza.

No le dio una segunda oportunidad.

Su «Colt» vomitó fuego.

Con mortífera puntería.

La bala se alojó en la frente de Duvall. Entre ceja y ceja.

Palmer y Elizabeth aún no habían salido de su asombro.

—Harry..., ¿cómo..., cómo has conseguido entrar?

El *G-men* se incorporó.

—¿Olvidas que yo te proporcioné el apartamento? Tengo un duplicado. Al salir de aquí me intrigó la presencia de un auto. Sus tres ocupantes parecían seguir mis movimientos. Simulé marchar. Fue entonces cuando una de las ventanas del apartamento se encendió y apagó la luz por tres veces consecutivas. Era la señal convenida. Uno de los hombres descendió del auto y comenzó a subir por la escalera de incendios.

—Elizabeth tenía...

—He oído la conversación, Peter. No son necesarias más explicaciones.

—Elizabeth estaba muy nerviosa, Harry. Dominada por el

miedo. Al saberse en posesión de esas fichas no recapacitó y pactó con ellos. Ella no...

—Todo eso ya no me incumbe, Peter. Un jurado determinará...

—¡No me presentaré ante ningún jurado! —gritó la mujer a la vez que se precipitaba sobre el cadáver de Duvall para apoderarse del revólver—. ¡Quítale el arma, Peter!

Palmer parpadeó.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Loca sería dejarme apresar! El FBI ya tiene las fichas. Caerán sobre esa organización descubriendo todos sus manejos. ¡Y también descubrirá que es ajena a la muerte de Ralph y Shelley! ¡Tenemos que escapar, Peter! ¡Nos llevarán a la cámara de gas! Palmer y Corbell se miraron a los ojos.

Fijamente.

La voz de Peter Palmer fue un susurro apenas audible:

—No lo comprenderías, Harry... Salí de Bikelsville convertido en un despojo humano. Fueron cinco años duros. Amargos... Cinco años acumulando odio. No había cometido ningún delito. Al salir deseaba rehacer mi vida. Olvidar todo deseo de venganza. Y entonces descubrí lo que habían hecho con Elizabeth. La sucia jugada de Magreth. Elizabeth deambuló por tugurios, mendigando, entre miserias... También ella deseaba venganza. Ralph Magreth y Shelley Stevenson fueron las víctimas designadas. El primero de ellos por quedarse con el dinero destinado a Elizabeth. Y Shelley por su declaración en el juicio. Ella sólo vio dos sombras en el jardín pero no dudó en acusarme a mí. Fue su declaración la que me llevó a Bikelsville.

—¿A quién tratas de engañar? —rió Elizabeth sin dejar de encañonar al *G-men*—. ¡También queríamos dinero en abundancia! Tú conocías la combinación de la caja fuerte de Magreth. Juntos le enviamos al infierno. Mientras le sujetabas yo hundía la navaja en su pecho. Y tú liquidaste a Shelley para arrebatarme el dinero.

—Era nuestra venganza, Elizabeth..., tú me convenciste para llevarla a cabo...

—¡Sólo me interesaba el dinero! ¡Mucho dinero! ¡Y ahora tenemos una fortuna, Peter! En esas fichas. Someteremos a chantaje a los principales miembros de la organización. ¡Le sacaremos miles de dólares! Marcharemos a México... ¡Suelta tu revólver, Harry!

¡Obedece o disparo!

Corbell arrojó el arma.

—Muy bien... Ahora retrocede... Toma el revólver, Peter. Yo recogeré las fichas.

Palmer se inclinó lentamente atrapando el arma del *G-men*.

—No os saldrá bien, Peter. He comunicado con el Departamento. Mis compañeros ya rodean la manzana.

—¡Mientes, bastardo! —exclamó Elizabeth, arrebatando las fichas de la crispada mano de Duvall—. ¡Estás solo!

—No, Elizabeth. ¿Por qué crees que lió suben los hombres de Duvall? Ya están en poder del FBI.

—Entonces hemos perdido demasiado tiempo. Acaba con él, Peter.

Palmer desvió la mirada hacia la mujer.

Con estupor.

—¿Cómo?

—¡Mátale! ¡No podemos dejarle con vida!

—No..., no lo haré...

—¡Maldita sea! ¿Acaso tienes remordimientos? ¿Qué me dices de Ralph y Shelley?

—Tú me guiabas, Elizabeth..., tú eras mi ángel de maldad...

—¡Está bien! —Elizabeth alzó el brazo armado—. ¡Yo lo haré!

Palmer se interpuso.

—También tendrás que matarme a mí, Elizabeth.

—¿Crees que me importaría? Duvall estaba en lo cierto. Eres un pobre diablo.

—Mi única estupidez fue amarte, Elizabeth.

—Perfecto, Peter. Puedes enviarme flores desde el Más Allá.

Elizabeth apretó el gatillo.

Fríamente.

Peter Palmer retrocedió por la violencia del impacto.

Antes de caer, y ya con los ojos nublados, su dedo índice se crispó. Quedó engarfiado sobre el gatillo del «Colt».

Vaciando el cargador sobre Elizabeth.

El agente del FBI se precipitó sobre Palmer. Yacía a poca distancia del ensangrentado cuerpo de Elizabeth.

—Harry..., Harry...

—Estoy aquí, Peter.

—La... la he matado... Yo la amaba, Harry..., con todas mis fuerzas... por ella llegué al crimen... Dios mío..., tenía que acabar así..., es mejor... no hubiera soportado volver a Bikelsville...

Varios agentes y hombres de paisano penetraron en la habitación. Encabezados por el SAC Leigh.

Corbell pareció ajeno a aquella ruidosa entrada.

También Palmer.

Había alargado la mano derecha para acariciar los sedosos cabellos de Elizabeth. Su diestra tropezó con las fatídicas fichas.

Siete fichas rojas.

Peter Palmer forzó una sonrisa.

Entreabrió los labios, dejando escapar un hilillo de sangre.

—Impar... rojo..., muerte...

Fueron sus últimas palabras.

EPÍLOGO

Natalie cerró su cuaderno de notas.

Ahogó un suspiro.

Sus túrgidos senos se modelaron bajo la blusa anudada a la cintura. Aquella prenda, junto con un reducido *hot-pant*, era toda su vestimenta.

—Es una triste historia de amor y muerte.

Harry Corbell, que saboreaba un vaso de *whisky*, alzó la mirada. Tras un parpadeo de estupor, sonrió divertido.

—¿Ésa es tu conclusión? Jamás conseguirás el Pulitzer, querida. Te adelanto en exclusiva los últimos acontecimientos. El FBI ha caído sobre la organización. Te menciono los peces gordos capturados. Individuos vinculados a la Defensa Intelligence Agency, con la Air Force Intelligence, la Atomic Energy Commission... Individuos traidores a su país... ¡Y tú me sales con una triste historia de amor y muerte!

—Me refería a Peter y Elizabeth.

Corbell encendió un cigarrillo.

Con fría expresión en su rostro.

—Eso no interesa a tus lectores, Natalie. Es simple anécdota. Sin importancia.

—Existen personas con sentimientos.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Tú mismo. Aunque tratas de ocultarlos con una capa de indiferencia. Palmer era tu amigo. Para ti debió ser muy doloroso descubrir que...

—Un momento, pequeña. Ya he terminado mi información. Cumplí lo prometido. Ahí tienes un buen reportaje en rigurosa exclusiva.

La muchacha sonrió, sensual.

—Comprendo. Y ahora yo debo cumplir con mi parte. Una

botella de champán en tu apartamento.

—Ajá.

Natalie se ladeó en el sofá apretándose contra el *G-men*.

—¿Por qué no aquí, Harry? Tengo una botella de champán en el frigorífico. Esperando este momento.

—¿Es cierto eso?

Natalie entreabrió sus gordezuelos labios.

—¿Voy a por ella...?

Harry Corbell no respondió.

Había unido sus labios a los de la muchacha. El champán podía esperar.

FIN

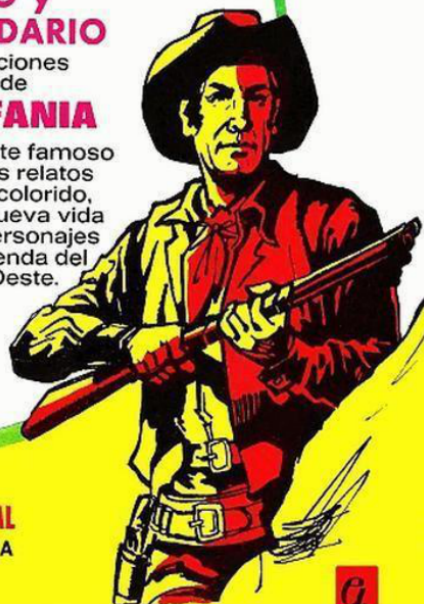
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Clarence M. Kelley, director del FBI. < <

[2] Jefe de croupiers. < <